

62324=8
COLECCION UNIVERSAL

N.º 699 y 700

C. F. HEBBEL

Los Nibelungos

TRAGEDIA ALEMANA EN TRES PARTES

TOMO I

PRIMERA PARTE: Siegfried, el de la piel de cuerno. Prólogo en un acto.

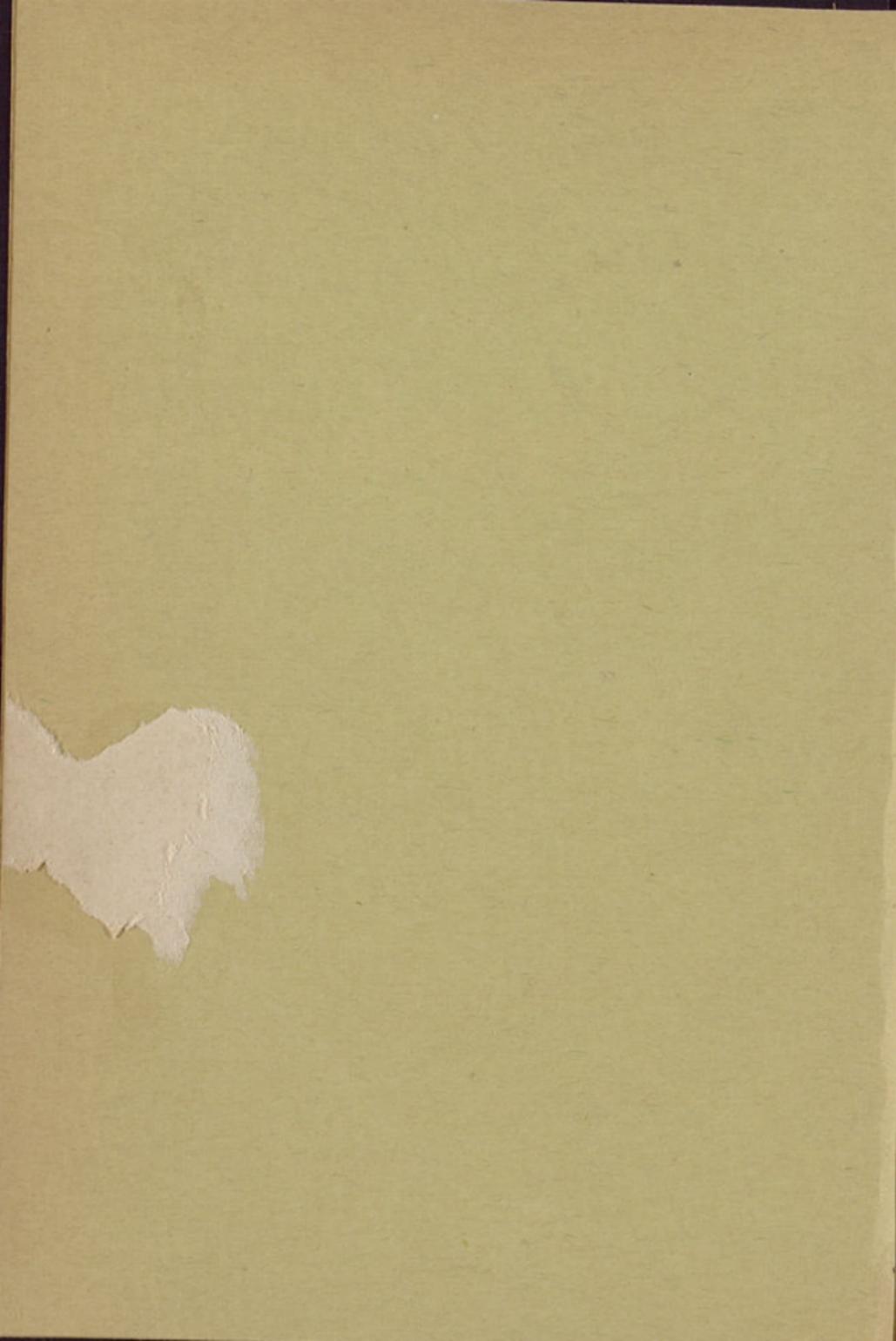
SEGUNDA PARTE: La muerte de Siegfried. Tragedia en cinco actos.



Precio: Una peseta

MADRID, 1922

290/2



C. F. Hebbel

—

LOS NIBELUNGOS

TOMO I

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

C. F. HEBBEL

Los Nibelungos

TRAGEDIA ALEMANA EN TRES PARTES

TOMO I

PRIMERA PARTE: Siegfried, el de la piel de cuerno. Prólogo en un acto.
SEGUNDA PARTE: La muerte de Siegfried. Tragedia en cinco actos.

La traducción del alemán ha
sido hecha por R. M. Tenreiro



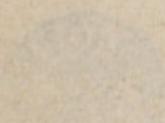
MADRID, 1922

Los Nibelungos

Traducción de D. J. V. G. de la Torre

Madrid, 1911

Editorial de la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias y Letras



Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

El bárbaro tema de LOS NIBELUNGOS parecía venir destinado desde toda la eternidad para servir de fuente de inspiración al cruel y sombrío genio de Hebbel. «Decididamente—escribe Farinelli en su libro Hebbel e i suoi drammi—, quien imaginó los cantos de los Nibelungos tenía una singularísima afinidad espiritual con el poeta de esta fuerte y salvaje trilogía.» Sin duda por eso, desde que Hebbel, en su primera juventud, llegó a conocer la ruda epopeya germánica, sintió el íntimo afán de hacer vivir en la escena los viejos héroes y sus gestas sangrientas. Pero sólo en el momento de la gran plenitud de sus fuerzas, una vez acabado Gyges und sein Ring en el otoño de 1855, creyóse capaz de poder triunfar de las inmensas dificultades de aquel magno asunto trágico.

Mucho antes de él, en pleno romanticismo, La Motte-Fouqué habíase remontado hasta los Nibelungos en demanda de materia para uno de sus dramas, y, más recientemente, dos poetas dramáticos de menor importancia, Geibel y Raupach, habían pretendido también infundir vida teatral a Siegfried y Hagen, Brunhild y Kriemhild. Acaso, como la dedicatoria de la trilogía lo indica, el ver a la que poco después había de ser su esposa, Christine Engenhausen, representando el papel de Kriemhild

en la obra de Raupach, haya servido de estímulo a Hebbel para resolverse a acometer de una vez aquella empresa heroica, acariciada en secreto durante tantos años.

Comenzó su labor con la pretensión de escribir una tragedia en cinco actos, y sólo después de muchos vanos esfuerzos por encerrar en tan reducido marco cuadro tan dilatado llegó a adoptar la forma actual en once actos.

En la primavera de 1860 logró darle cima. Un año más tarde, el teatro de la corte de Wéimar, donde no se había extinguido la gran tradición de Goethe, vió por primera vez surgir sobre sus tablas las gigantescas figuras de la creación hebbeliana. La esposa del poeta prestó voz y gesto al personaje de Kriemhild. La obra fué acogida con el entusiasmo más clamoroso y por única vez en su vida conoció Hebbel el embriagador hechizo de la gloria. Como libro apareció la tragedia en 1862. El autor falleció al siguiente año, dejando inacabada, como Schiller, una tragedia inspirada en la vida del héroe ruso Demetrio.

LOS NIBELUNGOS ocupan un puesto único entre las invenciones hebbelianas. Caracterízanse porque esta vez el poeta casi siempre logra mantener cautivas las tendencias filosóficas de su espíritu, que en otras obras convierten casi en símbolo figuras y acaecimientos; esta vez consigue Hebbel conservarse en una constante y estrecha relación con el antiguo poema que paso a paso sigue, y sólo pretende infundir vida psicológica a los personajes que el

canto heroico le proporciona, en forma tal, que se encadenen lógicamente las cruentas peripecias que ante los ojos del espectador se van desarrollando. «Más pronto o más tarde—escribe el autor en una carta—reconocerá la crítica que me he sacrificado a mí mismo; sólo pretendí acercar al público la gran epopeya nacional sin ningún aditamento dramático.»

Claro que no faltan aspectos por donde adquieran valor trascendental los lances de la tragedia. Tampoco aquí renunció Hebbel a su predilecta idea de poner como fondo de sus obras dramáticas la lucha entre dos civilizaciones, cosa a que en cierto modo le autorizaba la versión de LOS NIBELUNGOS que sirvió de pauta a su obra, redacción algo tardía de la Alemania del Sur, llena de elementos cristianos.

Más de una vez se ha pretendido oponer LOS NIBELUNGOS de Hebbel a los que su coetáneo Wagner había escrito y publicado pocos años antes, en 1853, para servir de libreto a su famosísima tetralogía. Pese a la hostilidad que no dejó de existir entre ambos artistas, puede con justicia decirse que las dos obras, por sus fuentes (Wagner se inspiró en un texto más antiguo de Los Nibelungos combinándolo con elementos de la mitología escandinava), por el propósito que movió a sus autores, por el espíritu que las dictó, por los elementos que las componen, son total y absolutamente incomparables y no hay entre ellas otro lazo que el que resulta de coincidencias puramente externas.

No estará de más advertir que el nombre de Nibelungo, que llevan los primitivos señores del tesoro de quien lo adquiere Siegfried, va pasando después, como título honorífico, a sus sucesivos poseedores.

R. M. T.

LOS NIBELUNGOS

TRAGEDIA ALEMANA EN TRES PARTES

A MI MUJER

CHRISTINE HENRIETTE ENGEHAUSEN

Aun era yo casi un niño, estaba en un jardín un hermoso día de mayo y me encontré un viejo libro sobre una mesa. Abrílo y el libro me cautivó tan fuertemente como pacto infernal, que, según leyes diabólicas, una vez pronunciado, aunque lo haya sido por labios infantiles, tiene que ser llevado hasta su término a pesar del espanto y del horror. Me apoderé de él, me deslicé en el más escondido de los cenadores y leí el cantar de Siegfried y Kriemhild. Era como si yo mismo me sentara al borde del mágico pozo de que allí se habla: las canosas nixas derramaban en mi corazón todos los espantos de la tierra, mientras que sobre mí los pajarillos, ebrios de vida, se columpiaban en las ramas y cantaban la magnificencia del

mundo. Sólo cuando fué ya muy de noche volví a su sitio el libro, asombrado y silencioso, y pasaron muchos raudos años por encima de mí antes de que otra vez volviera a verlo. Pero las figuras quedaron inolvidablemente impresas en mi memoria y fué inextinguible mi secreto deseo de imitarlas alguna vez, aunque sólo fuera como sobre agua o sobre arena. Frecuentemente, de este modo, si en alguna otra empresa parecía haber acertado, cogía mi lápiz, con mano semiaudaz, pero jamás llegaba al comienzo.

Entonces, penetré cierta vez en el templo de las musas, donde las pálidas sombras de los poetas, como las de Ulises, cobran vida merced a ajena sangre. Un murmullo recorrió la sala, al cual sucedió en seguida un sagrado silencio al levantarse el telón y aparecer tú como la vengadora Kriemhild. No era hijo de Apolo el que te había prestado las palabras, mas éstas, sin embargo, daban en el blanco como si fueran flechas del carcaj de oro que retiñó claramente al caer Tifón ensangrentado. Ruidoso júbilo bramó por todo el recinto cuando tú, con el más terrible tormento en el corazón y horrendos juramentos en los pálidos labios, te adornaste para la segunda noche de bodas; en todas las almas se derretía el último hielo que se derramaba por los ojos como ardientes lágrimas. Mas yo guardé silencio y hasta hoy no te di gracias. Aquella noche cobró vida mi sueño juvenil; todos los Nibelungos se me acercaron como si se hubiera abierto su tumba, y Hagen Tronie fué

quien habló primero. Acepta por ello que te dedique la imagen a que prestaste vida, pues te pertenece, y si puede ser duradera, séalo solamente para gloria tuya, dando testimonio de ti y de tu arte.

PRIMERA PARTE

SIEGFRIED, EL DE LA PIEL DE CUERNO

PRÓLOGO EN UN ACTO

PERSONAS

El REY GUNTHER.

HAGEN TRONIE.

DANKWART, *su hermano.*

VOLKER, *el trovero.*

GISELHER }
GERENOT } *hermanos del rey.*

RUMOLT, *el cocinero mayor.*

SIEGFRIED.

UTE, *viuda del rey Dankwart.*

KRIEMHILD, *su hija.*

Guerreros.

Pueblo.

Burgundia, Worms de Rin. Castillo del rey GUNTHER. Gran pórtico. Hora temprana de la mañana. Están reunidos GUNTHER, GISELHER, GERENOT, DANKWART, el trovero VOLKER y otros guerreros.

ESCENA PRIMERA

Entra HAGEN DE TRONIE.

HAGEN

¿Cómo? ¿No hay caza?

GUNTHER

¡Pero si es día santo!

HAGEN

¡Que cargue con el capellán ese mismo Satanás de quien charla!

GUNTHER

¡Eh! Modérate, Hagen.

HAGEN

Pues ¿qué pasa hoy? Hace ya tiempo que nació. Eso fué... Esperad... Sí, sí; en la época de la nieve. Su fiesta nos echó a perder una cacería de osos.

GISELHER

¿De quién habla el tío?

HAGEN

También está ya crucificado, muerto y sepultado... ¿O no lo está?

GERENOT

Habla del Salvador.

HAGEN

Pero ¿es que aun no se ha acabado?... ¿Quién opina como yo? No como por la noche carne que no haya estado metida en su piel hasta el medio-día; ni bebo vino sino por el cuerno que haya tenido que quitarle antes al uro.

GUNTHER

Entonces tendrás que mascar pescados, amigo. No vamos de caza en la mañana de Pascuas.

HAGEN

¿Qué hacemos entonces? ¿Dónde está el santo varón? ¿Qué es lo permitido? Oigo cantar a los pájaros; ¿podrá por lo tanto el hombre hacer que lo recreen con la música? (A VOLKER.) ¡Toca, pues, hasta que estalle la última cuerda!

VOLKER

No toco mientras que brilla el sol; guardo para la noche la divertida tarea.

HAGEN

Sí; y con gusto pondrías entonces el bandullo de tu enemigo como cuerda para rascarlo con uno de sus huesos.

VOLKER

¿Acaso no te harías músico con esa condición?

HAGEN

Te conozco, Volker mío. ¿No es así? Sólo hablas cuando no puedes tocar y sólo tocas cuando no puedes herir al enemigo.

VOLKER

Es posible, compañero.

GUNTHER

Cuéntanos algo; si no el día se hace demasiado largo. Sabes muchas cosas de fuertes guerreros y soberbias mujeres.

HAGEN

Pero no hables mas que de personas vivas, si te place, para que pueda uno decirse: Aún he de cogerlos, a él delante de mi espada, a ella entre mis brazos.

VOLKER

Pues te hablaré de gentes vivas y, sin embargo, se te quitará esa idea. Conozco al guerrero a quien jamás retarás y también la mujer a la que no cortejarás nunca.

HAGEN

¿Cómo! ¿También a la mujer? Admito lo del guerrero, pero ¿también la mujer? Te refieres al

matador del dragón, al que blande la Balmung, a Siegfried, el de la piel de cuerno, que por haber sudado una vez se libró con el baño de tener que volver a hacerlo de nuevo... Pero ¿la mujer?

VOLKER

¡No te digo nada de ella! Podrías ponerte en camino para ganarla por esposa y de fijo que no volverías a casa con la novia. Hasta el propio matador del dragón reflexionará antes de ir a llamar como galanteador a la puerta de Brunhild.

HAGEN

Pues a lo que se atreva el señor Siegfried también me atrevo yo. Sólo que contra él no levantaré mi espada, porque sería lo mismo que contra bronce y piedra. Creedlo o dudadlo, como queráis, pero yo no me habría bañado en la sangre del dragón. ¿Le es lícito combatir a quien no puede ser muerto?

GISELHER

(A VOLKER.) A millares de lenguas les tengo oído chacharear acerca de él; pero de sus palabras no resultó ningún claro concepto, lo mismo que cuando los pájaros gorjean confundidos no se da ninguna canción. ¡Háblanos de él!

GUNTHER

¡De la mujer primero! ¿Qué mujer es esa?

LOS NIBELUNGOS. — T. I.

VOLKER

En el remoto Norte, donde la noche no tiene fin y donde la luz, a cuyo resplandor se pesca cárabe y se cazan focas, no procede del sol, sino de la bola de fuego del pantano... (*Se oyen lejanos toques de trompetas.*)

HAGEN

¡Trompetas!

GUNTHER

Sigue.

VOLKER

Allí se crió una hija de príncipes de maravillosa hermosura, tan única, como si desde el primer día la Naturaleza, ahorrativa, hubiera venido economizando para ella y a todas las demás las hubiera privado de los más altos atractivos de la mujer para prestarle a ella el absoluto encanto. Has oído hablar de las runas grabadas en algunos árboles, misteriosamente, en la más obscura noche, por desconocidas manos: quien las descubre no puede ya apartarse de allí, cavila y cavila en lo que deben significar y no acaba de dar con ello; la espada se le desliza de las manos, sus cabellos se tornan canosos, se muere, y aun sigue cavilando. ¡Una de tales runas la ostenta ella en su cara!

GUNTHER

¿Cómo, Volker? ¿Hay tal mujer en el mundo y sólo ahora lo oigo?

VOLKER

¡Oye más aún! Así es. Entre hielo y nieve, para deleite del tiburón y la ballena, bajo un cielo que ni siquiera podría alumbrarla bien, si de los abismos subterráneos no enviara de cuando en cuando sus rojos rayos una montaña, ha florecido la más deliciosa de las vírgenes. Pero la desierta tierra que le dió vida no deja de estar celosa de su único tesoro y la guarda con tan envidioso miedo cómo si en el mismo momento en que la princesa siguiera al marido al lecho nupcial, hubiera de ser tragada la tierra por el mar que brama en torno. Vive en un castillo de llamas; el camino que lleva hasta ella está vigilado por la pérfida estirpe de los enanos, que estrangulan rápidamente con abrazos que aplastan, los cuales obedecen al feroz Alberich; además, ella misma está dotada de fuerzas capaces de dar muerte hasta a un héroe.

GUNTHER

¿Cómo es eso?

VOLKER

Quien la pretende, pretende al mismo tiempo su muerte, pues si no la consigue tampoco logra volver a su patria, y si es ya tan difícil llegar a su presencia, aún lo es mucho más luchar con ella. Casi tantos como los miembros de su cuerpo son los pretendientes a quien cubre la tierra fría, pues ya son muchos los que llegaron audaces ante ella, pero todavía no regresó uno solo.

GUNTHER

¡Lo que demuestra que está destinada para mí!
¡Bravo! Se acaba mi larga busca de novia y Brunhild será la reina de Burgundia. (*Se oyen trompetas muy próximas.*) ¿Qué pasa?

HAGEN

(*Se pone a la ventana.*) Es el héroe de Neerlandia.

GUNTHER

¿Lo conoces?

HAGEN

¡Basta mirarlo! ¿Quién que no fuera él penetraría tan orgulloso entre nosotros y sólo con un séquito de doce?

GUNTHER

(*Se pone también a la ventana.*) ¡Creo lo mismo! Pero dime, ¿qué le trae por aquí?

HAGEN

¡No sé lo que le trae! Supongo que no vendrá para postrarse ante ti; y tiene en su casa todo lo que se puede desear.

GISELHER

¡Una noble espada!

GUNTHER

¿Cómo se le recibe?

HAGEN

Te aconsejo que le contestes tal cual él te salude.

GISELHER

Voy a su encuentro.

GERENOT

También yo.

HAGEN

¡Quien lo haga no se rebajará! Pues para que no necesite anunciároslo él mismo, os diré que no sólo va metido dentro de su piel de cuerno y tiene la espada Balmung pendiente de su cinto, sino que también es señor del tesoro de los Nibelungos y lleva la caperuza de niebla de Alberich, y todo ello, tengo que confesarlo honradamente, ganado por su fuerza y no mediante perfidia. Voy con vosotros por ello.

GUNTHER

Llegamos ya tarde.

ESCENA SEGUNDA

Entra SIEGFRIED con sus doce guerreros.

SIEGFRIED

¡Te saludo, rey Gunther de Burgundia! ¿Te asombras de ver a Siegfried en tu tierra? ¡Viene para luchar contigo por tu reino!

GUNTHER

¡Aquí no se lucha por lo que ya se posee!

SIEGFRIED

¡Pues por lo que te falta, entonces! Tengo un reino tan grande como el tuyo, y si me vences eres señor de él. ¿Qué más quieres? ¿No empuñas aún tu espada? Sin embargo, bien tengo oído decir que aquí se congregan los más valientes guerreros, lo bastante audaces para disputarle al mismo Thor su trueno si lo encontraran en cualquier robledal y lo bastante soberbios para desdeñar el botín. ¿No es verdad eso? ¿Cómo? ¿O dudas de mi prenda? ¿Crees tú que no puedo dártela porque aun vive mi padre? El señor Sigmund descenderá de su trono tan pronto yo regrese, y desea anhelante que llegue ese momento, pues hasta un cetro llega a ser demasiado pesado para un anciano. Y cada héroe que puede servirte lo contrapeso yo con tres, cada aldea con una ciudad, y por un trozo del Rin te ofrezco el río entero. ¡Ven, pues, y desenvaina!

DANKWART

¿Quién habla así con un rey?

SIEGFRIED

¡Un rey! Pero ¿no habla así una espada con otra espada? ¿Quién puede poseer lícitamente si no ha demostrado que posee con justicia? ¿Y quién ahoga

las quejas en torno suyo antes de haber arrojado a tierra y pisoteado al más poderoso de los vivientes? ¿No eres tú ése? Pues dime entonces a quién temes, y en el mismo momento me marchó de aquí y lo reto con mi espada en lugar tuyo. ¿No lo nombras ni echas tampoco mano a la espada? Ardo en deseos de medir mis fuerzas con el héroe que duplicará mis bienes o me privará de ellos. ¿Serás ajeno a este sentimiento? No lo creo sólo con mirar a tus servidores. No te seguirían hombres tan orgullosos si no tuvieras los mismos sentimientos que ellos.

DANKWART

De fijo que te has aficionado tanto a las luchas desde que llevas la coraza de escamas de dragón. No todos engañan como tú a la muerte; en nosotros encuentra abiertas las puertas.

SIEGFRIED

También en mí. ¡Gracias te sean dadas, viejo tilo, por haber echado sobre mí una hoja cuando me bañaba en la sangre del dragón! ¡Gracias te sean dadas, viento, por haberlo sacudido! De este modo puedo responder al mofador que esconde su cobardía detrás de la befa.

HAGEN

Señor Siegfried, a mí me llaman Hagen Tronie y éste es mi hermano. (VOLKER da una arqueada en su violín.)

SIEGFRIED

¡Te saludo, Hagen Tronie! Pero si te ha enojado lo que he dicho aquí, sólo necesitas decírmelo; muy gustoso dejaré a un lado al príncipe y lucharé contigo como si fueras el mismo Gunther.

GUNTHER

Ni una palabra, Hagen, antes que tu rey hable.

SIEGFRIED

Y si temieras que tu buena espada pudiera romperse en mi dura piel, entonces te ofrezco otra cosa: baja conmigo al patio, hay allí un bloque de piedra que pesa tanto para ti como para mí; arrojémoslo y probaremos así nuestras fuerzas.

GUNTHER

Bien venido seas, héroe de Neerlandia, y puedes tomar de aquí lo que te agrada, pero bebe con nosotros antes de llevártelo.

SIEGFRIED

¿Tan benignamente hablas conmigo? Entonces podría rogarte que me mandaras volver en seguida con mi padre; él es el único a quien es lícito castigarme. Pero déjame que haga como los niños pequeños, que tampoco abandonan sus caprichos en seguida. Venid, tirad conmigo y beberé con vosotros.

GUNTHER

Hágase así, señor Siegfried.

SIEGFRIED

(A DANKWART.) Y en lo que a vos se refiere, ¿no es verdad?, os pellizqué en el tercer brazo; ya sé que no os dolió porque no lo tenéis. (A todos.) Cuandó entré aquí se apoderó de mí un espanto como aun no lo había sentido igual en mi vida; tirité como si de repente fuera invierno, y se me presentó en la memoria mi madre, que jamás solía llorar al partir yo, y esta vez lloró como si toda el agua del mundo se abriera camino por sus ojos. Esto me produjo la mayor confusión en la cabeza: casi no quería apearme del caballo... Ahora ya no conseguiréis que vuelva a montarlo muy pronto. (Vanse todos.)

ESCENA TERCERA

Salen UTE y KRIEMHILD

UTE

¡El halcón es tu esposo!

KRIEMHILD

Madre, no sigas si no puedes interpretar de otro modo el sueño. Siempre he oído decir que el amor

suele traer breve alegría y largo duelo; lo veo además en ti y jamás he de amar. ¡Oh! ¡Jamás, jamás!

UTE

¿Qué dices, hija? Cierto que el amor también acaba por traernos pesar, pues uno tiene que morir antes que el otro y lo que esto duele puedes verlo por mí. Mas todas las amargas lágrimas que vierto ahora están anticipadamente pagadas con el primer beso que en otro tiempo recibí de tu padre. Además, antes de morir, cuidó de procurarme consuelos; pues si estoy orgullosa de mis valientes hijos y si puedo ahora estrecharte contra mi pecho, sólo puedo hacerlo por haber amado. Por lo tanto, no te dejes espantar por un dicho: yo he tenido larga alegría y breve duelo.

KRIEMHILD

Mejor no poseer nunca que perder.

UTE

Y ¿qué es lo que no perderás en este mundo? Hasta a ti misma. ¿Seguirás siendo como eres? ¡Mírame a mí! Por mucho que te rías, yo fui allá en mis tiempos como tú eres ahora, y créemelo, día vendrá en que serás como soy yo. ¿Qué quieres detener si ni siquiera puedes detenerte a ti misma? Toma las cosas como vengan, según ello, y, como hacemos todos, tiende la mano hacia lo que te

agrade, aunque la muerte te lo trueque en polvo, con su soplo, tan pronto como quiera: la mano con que lo agarras se reducirá a polvo igualmente.

KRIEMHILD

(Se acerca a la ventana.) Según lo que me dicta mi corazón podría jurar que... *(Mira hacia fuera y se interrumpe.)*

UTE

¿Por qué te interrumpes? ¿Te pones roja como la grana? ¿Qué te ha turbado de ese modo?

KRIEMHILD

(Se retira.) ¿Desde cuándo es uso en nuestra Corte que no se nos haga saber cuándo son aposentados extraños huéspedes? ¿Es que este soberbio castillo de Worms de Rin se hace igual a la choza del pastor, donde todo el que quiera puede entrar noche y día?

UTE

¿Por qué tanto calor?

KRIEMHILD

¡Oh! Quería mirar al patio para ver los oseznos que tan chistosamente ruedan como bolas, abrazados unos con otros, y al abrir, sin sospecha, la madera, un guerrero clavó groseramente sus ojos en mí.

UTE

¿Y ese guerrero imposibilitó que acabaras el juramento que habías comenzado? (*Se acerca también a la ventana.*) ¡Ah! ¡Cierto! Quien vea cómo está allí plantado, reflexiona antes de seguir jurando.

KRIEMHILD

¿Qué me importan los huéspedes de mi hermano sólo con que sepa cómo puedo evitarlos?

UTE

Pues por esta vez me alegro de que sea sólo el enojo lo que te colorea las mejillas, pues ese joven héroe, que se introdujo entre tus osos y tú, está casado hace tiempo y tiene ya un hijo.

KRIEMHILD

¿Lo conoces?

UTE

¡Ya lo creo!

KRIEMHILD

Pues ¿cómo se llama?

UTE

No lo sé. Pero a ti sí que te conozco ahora: te has puesto pálida como la muerte, y en verdad que si apresas este halcón ya no tienes para qué preocuparte del águila: éste puede con todos, te lo garantizo.

KRIEMHILD

¡Y te he contado mi último sueño!

UTE

No me burlo de ti. Eso no, Kriemhild. Muchas veces vemos el dedo de Dios en sueños, y si aun temblamos angustiados después de despiertos, como lo haces tú ahora, es que de cierto lo hemos visto. Sólo que también se necesita entender recatemente la advertencia que nos hace, y, en nuestro terror, no prometer lo imposible. Protege tú al halcón que viene a ti volando, para que no te lo despedace ningún águila pérfida, pero no pienses en ahuyentarlo; con él ahuyentas el placer de la vida, ya que no hay nada en este mundo que esté por encima del noble amor de un guerrero. Aunque todavía no lo sientas ahora bajo tu corona virginal y aunque tampoco te fuera destinado ningún otro mejor que ese que está ahí, yo no lo rechazaría. (*Mira por la ventana.*)

KRIEMHILD

No me corteja; así que no necesito hacerlo.

UTE

(*Riéndose.*) ¡Ah! Tanto como eso también lo hago saltar yo, aunque soy una vieja.

KRIEMHILD

¿Qué ocurre abajo, madre, para que te rías?

UTE

Según parece, tiran un canto por apuesta y tu hermano Giselher tiró el primero. Vamos... es el más joven. Pero mira, ahora llega la vez del guerrero forastero. ¡Ay, hijo mío! ¿Cómo vas a quedar? Mira, se adelanta, coge la piedra... ¡Ah! La piedra volará como si se convirtiera en ave... Ven acá y ponte detrás de mí; no lo verás otra vez; trata de hacer cuanto le sea posible. Quiere acabar de un solo golpe. Ahora... Pero ¿tengo ojos o no los tengo? ¿Nada más lejos?

KRIEMHILD

(*Se acerca.*) Le habrás alabado demasiado pronto.

UTE

¡Si sólo cayó un pie más allá!

KRIEMHILD

(*Se pone detrás de UTE.*) Pero siempre es más que si fuera una pulgada.

UTE

No tirar más que un pie más allá que ese niño...

KRIEMHILD

No es mucho. En especial si hasta se esparranca para ello.

UTE

¡Y cómo jadea!

KRIEMHILD

¡Es bastante chistoso en tal gigante! Si fuera yo merecería compasión, pues para una muchacha ya sería un buen tiro.

UTE

Nuestro Gerenot pone ahora manos a la obra. Se planta con garbo ¿no es verdad? Es él, de todos, el que tiene más parecido con su padre. ¡Ten ánimos, hijo mío!... ¡Eso se llama tirar!

KRIEMHILD

Hasta el oso se ha sorprendido; no esperaba tal cosa y se despabila de pronto.

UTE

Puedes salir cuando quieras en busca de aventuras... Mas Giselher se quedará aquí.

KRIEMHILD

¿Y qué más ocurre?... No, no me hagas sitio, ya lo veo así.

UTE

Ahora vuelve otra vez el guerrero. Pero ya no se esfuerza; parece como si ya de antemano renunciase a la victoria. ¿Cómo puede uno equivo-

carse hasta tal punto?... Pero ¿qué hace ahora? Se vuelve... dirige la espalda al blanco en vez de los ojos... arroja la piedra por encima de su cabeza y hombros... ¡Pues sí que puede uno equivocarse! Gerenot queda también vencido como Giselher.

KRIEMHILD

Cierto que sólo vuelve a tener un pie de ventaja. Pero esta vez no jadea.

UTE

Son buenos hijos los que tengo. Gerenot le tiende lealmente la mano, mientras que otro desenvainaría la espada, pues tal insolencia no es de buena crianza.

KRIEMHILD

Pero bien se ve que no lo hizo con mala intención.

UTE

El señor Volker deja a un lado en silencio su violín, que tan burlonamente tocaba.

KRIEMHILD

Ese pie de diferencia turbó su contento. Ahora le tocaría el turno al mariscal, si se ascendiera lentamente, como por grados, pero el rey Gunther aparta impetuosamente al señor Dankwart y quiere probar él mismo.

UTE

Y lo hace con suerte: doble de lejos que Gerenot.

KRIEMHILD

Y sin embargo, no lo bastante lejos. Ya ves que el guerrero le siguió en el acto y otra vez vuelve a faltar ese pie.

UTE

El rey se ríe. ¡Ah! ¡Entonces también me río yo!... He visto hace ya tiempo que éste es el halcón con el cual no puede realizarse tu sueño; pero ahora ha empleado toda su fuerza.

KRIEMHILD

Ahora avanza el de Tronie.

UTE

Ese lleva la amargura en el corazón por muy alegre que quiera aparecer... Agarra la piedra como si quisiera pulverizarla. ¡Cómo vuela! ¡Hasta el muro! No puede ir más lejos. Esta es una tirada que no será aventajada por nadie; ya no queda sitio ni para aquel pie.

KRIEMHILD

Sin embargo, el guerrero vuelve a coger la piedra.

UTE

Mas ¿para qué?... Gran Dios ¿qué ocurre ahora?

LOS NIBELUNGOS. — T. I.

¿Se hunde el castillo sobre nuestras cabezas? ¡Cómo tiembla todo!

KRIEMHILD

Hasta lo alto de la torre. Los grajos y murciélagos abandonan sus nidos...

UTE

Y vuelan deslumbrados hacia la luz.

KRIEMHILD

El muro tiene una brecha.

UTE

Imposible.

KRIEMHILD

Espérate a que se disipe el polvo. ¡Grande como una ventana! Por allí salió la piedra.

UTE

Ahora también la veo yo.

KRIEMHILD

La piedra voló hasta el Rin.

UTE

¡Quién podría creerlo! Y sin embargo es verdad; la misma agua lo atestigua saltando casi hasta el cielo.

KRIEMHILD

Estó es algo más de un pie.

UTE

En cambio también tiene por fin que limpiarse el sudor de la frente ¡Gracias a Dios! ¡Si no el de Tronie se moriría de rabia!

KRIEMHILD

Ahora se acabó. Se estrechan las manos; Dankwart y Volker pierden su derecho a la tirada.

UTE

Ven. Olvidamos que es hora de la misa. (*Vanse las dos.*)

ESCENA CUARTA

Vuelven a entrar los guerreros.

GUNTHER

Sois un pícaro, señor Siegfried.

SIEGFRIED

¿Lo tomáis a mal?

GISELHER

Perdonad que hasta yo mismo haya osado me-

dirme con vos. Pero en castigo quiero luchar con mi vieja madre Ute, y si la venzo, podéis coronarme con ramas de roble, si queréis, tocando trompetas delante de todo el pueblo.

SIEGFRIED

¡Basta de eso! La tirada no era mala; sólo os falta tener diez años más.

HAGEN

¿Por fin, fué lo último lo mejor que podéis hacer?

SIEGFRIED

¿Puede mostrarse eso jugando?

GUNTHER

¡Otra vez bien venido! Y me tendría por dichoso si lograra ligarte a mí de otro modo que por una corta visita. Pero ¿qué tendría yo que pudiera ofrecerte? Aunque fuera mi brazo derecho (con el cual querría adquirir gustoso el servicio del tuyo izquierdo) no lo aceptarías, pues es verdad que saldrías perdiendo.

SIEGFRIED

Ten cuidado; mendigaré antes de lo que piensas.

GUNTHER

Sea lo que quiera, te lo concedo de antemano.

SIEGFRIED

¡Gracias por esa palabra! Nunca me olvidaré de ella; mas te la devuelvo en el acto, pues mis deseos son más osados de lo que tú sospechas. Fuí más modesto al solicitar tu reino.

GUNTHER

No me asustarás.

SIEGFRIED

¿Acaso has oído hablar de mis tesoros? Bueno. Pues es cierto que no necesitas temblar por oro y plata; tanto poseo, que preferiría regalarlo a tener que arrastrarlo hasta mi casa. Sin embargo ¿de qué me sirve? Lo que querría comprar con ello no es vendible.

GUNTHER

¿Y es?

SIEGFRIED

¿No lo adivinas? Otra cara distinta de la que tengo.

GUNTHER

¿Has probado ya el poder de la vieja?

SIEGFRIED

Con mi madre, sí. Y con fortuna, porque le gusta.

GUNTHER

¿Y aún no con otras?

SIEGFRIED

¡Ya lo creo! ¿No lo has notado? Una doncellita miró al patio hacia nosotros, y cuando, sacudiendo los dorados bucles que como una cortina le cubrían los ojos, me descubrió a vuestro lado, se retiró veloz, como yo en el país de los enanos cuando la tierra que hollaban mis pies se transformó en un semblante que me enseñaba los dientes.

GUNTHER

¡Pura timidez! Sigue probándolo. Pero si te falta quien te solicite la novia, yo mismo te prestaré ese servicio; sólo que también tú tienes que hacer por mí lo propio, pues mi hermana Kriemhild no puede partir antes de que Brunhild haya hecho aquí su entrada.

SIEGFRIED

¿Qué nombre pronuncias, rey? ¿Piensas pretender a la Virgen del Norte, en cuyas venas hierve hierro derretido? ¡Oh, renuncia a ello!

GUNTHER

¿Por qué? ¿No lo merece?

SIEGFRIED

¡No lo merece! ¡Su fama tiende su vuelo por el mundo! Pero nadie puede hacerle frente en la lucha, a no ser uno solo, y ese no la elegiré jamás.

GUNTHER

Entonces ¿debería renunciar a pretenderla por miedo? ¡Qué vergüenza! Es preferible una muerte inmediata de sus manos a mil años de vida con la impotencia de este sentimiento ignominioso.

SIEGFRIED

No sabes lo que dices. ¿Es una vergüenza para ti que te queme el fuego y que el agua te arrastre a lo profundo? Pues ella es totalmente como los elementos, y sólo hay un hombre que pueda dominarla y, según quiera, guardarla para sí o regalarla. Pero ¿querías recibirla tú de uno que no es ni su padre ni su hermano?

GUNTHER

¡Antes veré de lo que soy yo capaz!

SIEGFRIED

No lo lograrás; no podrás lograrlo; te arrojará a tierra. Y no creas que en su pecho de bronce habita la clemencia y que si acaso te columbra evitará que se llegue a la lucha. No conoce tal cosa; pelea por su doncellez como si su vida misma estuviera ligada a ella, y como el rayo que no tiene vista o el mar que no percibe ningún grito, aniquila sin compasión a todo guerrero que quiere soltar su cinturón de virgen. Por tanto, renuncia a ella y no pienses más en tal cosa, si no quieres

recibirla de otras manos, si no quieres recibirla de mí.

GUNTHER

¿Y por qué no?

SIEGFRIED

¡Pregúntatelo a ti mismo! Estoy dispuesto a ir allá contigo si como recompensa me prometes tu hermana; pues sólo he venido por ella, y si hubieras perdido tu reino luchando conmigo, por medio de ella habrías vuelto a recobrarlo.

HAGEN

Pues ¿cómo piensas hacer?

SIEGFRIED

Hay que pasar por difíciles pruebas. Tira piedras lo mismo que yo y salta en su seguimiento tanto como ellas vuelan; arroja la lanza y a cien pasos atraviesa siete planchas de bronce, y así otras cosas. Sólo que nada importa; nos repartiremos la tarea; mío será el trabajo, suyos los ademanes.

HAGEN

¿Debe él embestir y tú arrojarás las piedras y darás los saltos?

SIEGFRIED

Sí. Eso pienso. Y, además, también lo sostendré a él.

HAGEN

¡Qué locura! ¿Cómo será posible engañarla de ese modo?

SIEGFRIED

Mediante la caperuza de niebla que ya otra vez me ocultó a sus miradas.

HAGEN

¿Estuviste ya allí?

SIEGFRIED

Ya estuve. Pero no la pretendí: sólo la miré sin ser visto... ¿Os asombráis y me miráis llenos de admiración? Bien lo veo, y tengo que hacer de cuco y hablar de mí antes de que podáis prestarme confianza; pero creo será mejor que lo reservemos para la travesía, que es larga, y también entonces al contaros mis cosas podré mirar al agua.

GUNTHER

No; hálbanos en seguida de Islandia y de tus aventuras. Lo oiremos con gusto; ya estábamos tratando de eso cuando tú entraste.

SIEGFRIED

¡Sea, pues! El placer de la lucha me llevó hasta tan lejos, y ya el primer día encontré, al lado de una cueva, a dos jóvenes guerreros que luchaban

- furiosos. Eran hermanos: hijos del rey Nibelungo que acababan de enterrar a su padre (después de haberlo asesinado, como supe luego) y que ya disputaban por la herencia. Verdaderos montones de joyas se hacinaban a su alrededor, entre las cuales había antiguas coronas, cuernos raramente tallados, y, ante todo, la espada Balmung; pero de dentro de la cueva salía el resplandor del rojo oro. Cuando aparecí ante ellos, pidieron, con salvaje violencia, que, como forastero, repartiera el tesoro, y consentí gustoso para impedir el asesinato con que se amenazaban. Pero fué en vano, pues cuando hube terminado, cada uno de ellos se sintió perjudicado y bramó furioso, y yo, según su deseo, volví a juntar las dos mitades y reparé de nuevo. Entonces se enojaron aún mucho más, y mientras yo estaba de rodillas, inclinado hacia el suelo, meditando silenciosamente en la manera de igualarlos, cayeron con loca rabia sobre mí, con sus espadas raudamente desenvainadas. Para defenderme de aquellas furias, cogí la Balmung, que estaba a mi lado, porque no podía yo sacar la propia espada, y en menos que se piensa, ya ellos mismos se habían clavado en ella, como jabalíes que corren ciegos hacia la lanza, aunque yo seguía tendido en tierra y no quería hacerles daño: así llegué a ser heredero de todo el tesoro.

HAGEN

Sangrienta, pero honradamente.

SIEGFRIED

Entonces quise penetrar en la cueva. ¡Cuál no sería mi asombro al no poder encontrar ya su entrada! Una muralla, tal me lo pareció, habíase elevado de repente del seno de la tierra; clavé en ella mi espada para abrirme camino. Pero entonces, en vez de agua, brotó sangre, se agitó la muralla y creí yo que habría un reptil oculto en ella. Me equivocaba: todo el muro no era mas que un único reptil, que, habiendo dormido mil años en la cueva de peñas, estaba cubierto de hierbas y musgo y más se parecía a la dentada cresta de una cadena de montañas que a un animal que respira.

HAGEN

¡Era el dragón!

SIEGFRIED

Sí, y lo maté subiéndome a él antes de que se pusiera en pie y despedazando desde atrás su azul cabeza, montado en su lomo. Quizá fué el trabajo más difícil de los que he realizado y sin la Balmung no habría logrado hacerlo. Después, tajando con mi espada su cuerpo gigantesco, me abrí paso a través de toda aquella carne y de los potentes huesos; como por una montaña rocosa, y poco a poco llegué hasta la cueva. Mas apenas había penetrado en ella, cuando me sentí cogido entre unos fuertes brazos, que no eran visibles para mis ojos, pero que, sin embargo, me aplastaban casi las costillas como si lo hiciera el mismo aire. Era Alberich,

el feroz enano, y acaso jamás haya estado tan cerca de la muerte como en la horrible lucha con este monstruo. Por último llegó a hacerse visible, y entonces todo estuvo perdido para él; sin saberlo le había arrancado de la cabeza, en la pelea, la caperuza de niebla; perdió toda su fuerza con su envoltura y cayó a tierra. Entonces quise darle muerte pisoteándolo como a un bicho; pero él, teniendo ya su cuello bajo mis talones, se libró rápidamente con la revelación de un secreto que yo no sospechaba: me descubrió el encanto que se escondía en la sangre del dragón mientras aun humeara, y lo solté a toda prisa y tomé mi baño sangriento.

GUNTHER

Según eso ¿en un solo día ganaste peleando la Balmung, el tesoro, la caperuza de niebla y tu piel córnea?

SIEGFRIED

¡Así es! Y también el lenguaje de los pájaros. Como una gota de la sangre encantada me saltara a los labios, comprendí en seguida los gorgoros que sonaban sobre mi cabeza, y si no la hubiera limpiado demasiado pronto también habría entendido a lo que salta y lo que brinca. Imaginaoslo: de pronto oigo que cuchichean en el árbol, pues un viejo tilo lo cubría todo; después risas ahogadas, carcajadas y voces de mofa, de modo que yo creía escuchar unos seres humanos que escondidos entre el follaje se burlaban de mi acción. Al mirar a mi

alrededor nada descubrí sino aves, cuervos, grajos, lechuzas que reñían entre sí. Citaban a Brunhild, a mí también. Una maraña de obscuras frases cruzadas de uno a otro lado. Una sola cosa resultaba clara: que me esperaba aún otra aventura. Despiértase mi deseo. El grajo vuela delante, la lechuza le sigue. Un lago de llamas cierra pronto el camino y un castillo que brilla con un resplandor azul verdoso, como metal en fusión, aparece sobre él al otro lado. Me detengo. Entonces grita el grajo: «¡Desenvaina la Balmung y blándela por tres veces en torno a tu cabeza!» Lo hago y el lago se extingue más de prisa que una luz que se apaga. Entonces se anima el castillo, aparecen figuras en las almenas, flotan velos y una orgullosa doncella mira hacia abajo. Entonces chilla la lechuza: «¡Esa es la novia! ¡Fuera ahora la caperuza de niebla!» Me la había puesto sólo para probarla, y ni siquiera sabía que todavía la llevara. Pero entonces la sujeté con ambas manos, porque ví que las atrevidas aves querían quitármela, pues Brunhild, tal como allí arriba estaba, en toda su belleza, no conmovía mi corazón, y el que siente que no puede cortejar no saluda tampoco.

VOLKER

¡Noble palabra es esa!

SIEGFRIED

De este modo partí sin ser visto y, sin embargo, conozco el castillo y su secreto, así como el camino.

GUNTHER

¡Llévame allá entonces, héroe!

VOLKER

No, rey, quédate en casa; acabará mal eso.

SIEGFRIED

¿Crees que no podré cumplir lo que prometo?

VOLKER

¡Claro que sí! Creo solamente que las malas artes no son dignas de nosotros.

GUNTHER

Con otras no se consigue nada.

VOLKER

Pues renuncia.

GERENOT

También yo lo aconsejo.

HAGEN

¡Vamos! ¿Por qué?

GUNTHER

Me parece tan poco áfrentoso como embarcarse cuando no se puede alcanzar a nada la frontera orilla o usar de la espada en vez del puño.

SIEGFRIED

Supón que es así y estrechémonos las manos cerrando el trato.

GUNTHER

¡Ya está! Te doy a Kriemhild a cambio de Brunhild y celebraremos las bodas al mismo tiempo. (HAGEN se pone un dedo en la boca mirando fijamente a SIEGFRIED y golpea su espada con la mano.)

SIEGFRIED

¿Acaso soy una mujer? ¡Ni una palabra en toda la eternidad! Cuando vosotros corráis hacia la lucha, fingiré como si tuviera que arreglar algo en nuestro barco, pero volveré otra vez con la caperuza de niebla, te pellizcaré en el brazo y he de ayudarte. (*Vanse todos.*)

SEGUNDA PARTE

LA MUERTE DE SIEGFRIED

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

PERSONAS

El REY GUNTHER.

HAGEN TRONIE.

DANKWART.

VOLKER.

GISELHER.

GERENOT.

WULF }
TRUCHS } *guerreros.*

RUMOLT.

SIEGFRIED.

UTE.

KRIEMHILD.

BRUNHILD, *reina de Islandia.*

FRIGGA, *su nodriza.*

Un CAPELLÁN.

Un TESORERO.

Guerreros, pueblo, criadas, enanos.

ACTO PRIMERO

Islandia. Castillo de Brunhild. Hora temprana de la mañana.

ESCENA PRIMERA

BRUNHILD y FRIGGA *llegan por opuestos lados.*

BRUNHILD

¿De dónde tan temprano? Tus cabellos están empapados en rocío y tu traje salpicado de sangre.

FRIGGA

He ofrecido un sacrificio a los viejos dioses antes de que menguara la luna.

BRUNHILD

¡A los viejos dioses! Ahora domina la cruz y Thor y Odin están como demonios en el infierno.

FRIGGA

¿Los temes menos por eso? Siempre pueden mal-

decirnos, ya que no bendecirnos, y con gusto les sacrifico su macho cabrío. ¡Oh, si lo hicieras tú también! ¡Como nadie tendrías motivos para ello!

BRUNHILD

¿Yo?

FRIGGA

¡Otra vez! Hace ya tiempo que debía habértelo contado. Por fin le llega hoy su hora.

BRUNHILD

Pensaba que sólo llegaría el día de tu muerte; por eso no insistía ya.

FRIGGA

¡Pues escucha! Un anciano salió súbitamente de nuestra montaña de fuego y me entregó una niña, junto con una tabla cubierta de runas.

BRUNHILD

¿De noche?

FRIGGA

¿Cómo lo sabes?

BRUNHILD

Muchas de esas cosas las has revelado ya durmiendo, pues hablas cuando la luna te ilumina el semblante.

FRIGGA

¡Y tú me acechas?... ¡Bueno!... Hacia media noche. Estabamos velando el cadáver de la reina. El cabello del viejo era blanco como la nieve y más largo que el que jamás haya yo visto en ninguna mujer; lo rodeaba como un amplio manto y le arrastraba por detrás.

BRUNHILD

¡El espíritu de la montaña!

FRIGGA

No lo sé. No dijo una palabra. Pero la mozuela tendía sus manecitas hacia la corona de oro que centelleaba en la cabeza de la muerta, y ¡oh asombro!, le sentaba como hecha para ella.

BRUNHILD

¡Cómo! ¡A la niña?

FRIGGA

¡Sí, a la niña! No le estaba demasiado ancha y más tarde nunca le quedó demasiado estrecha.

BRUNHILD

¡Como la mía!

FRIGGA

¡Como la tuya! ¡Sí! Y asombro aun más grande: la mozuela era tan parecida, mejor dicho, tan idéntica.

tica a la niña que la muerta tenía en los brazos, y que desapareció súbitamente como si jamás hubiera existido, que sólo se distinguía de ella en que respiraba: parecía como si la Naturaleza hubiera creado dos veces el mismo cuerpo con idéntico fin y sólo hubiera trasegado la sangre.

BRUNHILD

Entonces ¿la reina tenía una niña en los brazos?

FRIGGA

Había muerto al dar a luz y con ella su fruto.

BRUNHILD

Aun no lo habías dicho.

FRIGGA

Pues fué que se me olvidó. De fijo que se le quebró el corazón con la pena de no poder mostrársela a su esposo. Durante muchos años había deseado él en vano esta encantadora dicha, y un mes antes de que llegara le alcanzó una muerte repentina.

BRUNHILD

¡Adelante!

FRIGGA

Miramos alrededor buscando al anciano. Había desaparecido, y la montaña que se había rajado por medio como una manzana y nos había mos-

trado sus fauces a través de la ventana se cerraba otra vez lentamente.

BRUNHILD

¿Y no volvió el anciano?

FRIGGA

¡Escúchame! A la otra mañana dimos sepultura a nuestra señora y el sacerdote quiso bautizar a la mocita al mismo tiempo. Pero su brazo quedó paralizado antes de que pudiera humedecerle la frente con agua bendita y jamás volvió a moverlo.

BRUNHILD

¡Jamás!

FRIGGA

Era viejo y no nos asombramos; llamamos a otro. Este logró rociarla, pero se quedó mudo cuando quiso bendecirla y jamás recobró el habla.

BRUNHILD

¿Y el tercero?

FRIGGA

No se encontró en mucho tiempo. Tuvimos que llamar a uno de lejanas tierras que no supiera nada de todo aquello. Este llevó a término la obra; pero apenas la había acabado, cuando cayó a tierra y jamás volvió a levantarse.

BRUNHILD

Pero ¿y la mozueta?

FRIGGA

Creció y se hizo fuerte, y sus juegos infantiles nos sirvieron como norma de lo que debíamos hacer o dejar de hacer, y nunca nos engañaron como ya antes nos lo había anunciado la tabla de las runas.

BRUNHILD

¡Frigga! ¡Frigga!

FRIGGA

¡Sí, sí! ¡Eres tú misma! ¿Lo conoces por fin? No en la cámara donde se pulverizan los muertos, sino en el Hekla, donde moran los viejos dioses y entre nornas y valquirias, debes buscar tu madre si es que la tienes... ¡Oh, si jamás una gota de agua bendita hubiera rociado tu frente! ¡Entonces sabríamos más, seguramente!

BRUNHILD

¿Qué murmuras?

FRIGGA

¿Cómo fué que esta mañana, en vez de en la cama, nos encontramos vestidas en las sillas, castañeteando los dientes y con lívidos labios?

BRUNHILD

Tenemos que habernos dormido de repente.

FRIGGA

¿Nos había ocurrido alguna otra vez?

BRUNHILD

Nunca.

FRIGGA

¡Pues entonces! ¡El viejo estuvo aquí y quería hablar! Hasta me parece como si hubiera visto cómo te sacudía y me amenazaba; pero tu oído estaba cerrado por un pesado sueño, porque no debes oír lo que te está destinado si te obstinas; por eso, ofrece un sacrificio y hazte libre. ¡Oh, si no hubiera obedecido al sacerdote cuando me instaba! Pero aun no tenía descifrada la tabla. ¡Hazlo, hija, pues el peligro está próximo!

BRUNHILD

¿El peligro?

FRIGGA

¡El peligro! Ya sabes que hace tiempo que se apagó el lago de llamas que rodeaba tu castillo.

BRUNHILD

Y sin embargo no apareció el guerrero con la espada Balmung que debía cruzarlo a caballo después de haber conquistado el ensangrentado tesoro de Fafner.

FRIGGA

Habré leído mal. Pero en esta segunda señal no

puedo engañarme, pues sé hace ya tiempo que te aguarda la revelación en la hora decisiva. Por lo tanto, haz el sacrificio, niña. Acaso todos los dioses estén invisibles a tu alrededor y se te aparecerán en cuanto corra la primera gota de sangre.

BRUNHILD

Yo nada temo. (*Se oyen trompetas.*)

FRIGGA

¡Trompetas!

BRUNHILD

¿Las oyes por primera vez?

FRIGGA

Por primera vez con miedo. Ha pasado el tiempo de las cabezas de cardo y ahora se alzan ante ti cabezas férreas.

BRUNHILD

¡Adelante, adelante! ¡Para que pueda mostrarle a ésta que todavía puedo vencer! Salía a vuestro encuentro cuando aun llameaba el lago, y amablemente, como un perro que se aparta saltando ante su señor, el fuego fiel se escabullía delante de mí y se dividía a izquierda y derecha: ahora está libre el paso, pero no el saludo. (*Al decir esto asciende a su trono.*) Ahora ¡abrid las puertas y dejadlos entrar! ¡Sea quienquiera el que aparezca, es mía su cabeza!

ESCENA SEGUNDA

Hácenlo así. Entran SIEGFRIED, GUNTHER, HAGEN y VOLKER.

BRUNHILD

¿Quién es el que quiere morir hoy? (*A SIEGFRIED.*) ¿Eres tú?

SIEGFRIED

No quiero morir ni quiero cortejar. Además, me haces demasiado honor con saludarme antes que al rey Gunther; no soy aquí mas que su guía.

BRUNHILD

(*Se dirige a GUNTHER.*) ¿Tú, por lo tanto? ¿Y sabes lo que te juegas?

GUNTHER

¡Lo sé muy bien!

SIEGFRIED

La fama de tu hermosura se extendió hasta muy lejos, pero a más lejos aún la de tu rigor, y sea quienquiera el que contemple tus ojos no olvidará, ni en la más sublime embriaguez, que la obscura muerte se alza a tu lado.

BRUNHILD

¡Así es! Aquí quien no vence perece en seguida

y con él sus servidores. ¿Te sonríes de ello? ¡No seas harto soberbio! Hasta te presentas ante mí como si pudieras sostener sobre tu cabeza, sin derramarla, la copa de vino más llena, mirándome al mismo tiempo como si fuera un cuadro; te juro que caerás lo mismo que él. (A GUNTHER.) Pero a ti te aconsejo, si eres capaz de oír, que hagas primero que mis criadas te citen los guerreros muertos por mis manos; acaso haya muchos entre ellos que en otro tiempo hayan medido sus fuerzas con las tuyas y quizás alguno que te vió vencido a sus pies.

HAGEN

El rey Gunther no fué jamás vencido.

SIEGFRIED

Alto se levanta su castillo en Worms de Rin, rica es su tierra en galas de toda especie, pero más alto se alza él entre los guerreros y más rica es también en honores su frente.

HAGEN

¡Tu mano, Neerland! ¡Eso es hablar!

VOLKER

¿Y sería para ti tan difícil abandonar voluntariamente esta tierra yerma y esta desierta soledad del mar para ir con el rey hacia el mundo desde la noche y el infierno? Esta no es una tierra que aun pertezca al mundo: es una roca abandonada de

la cual los vivientes huyeron espantados hace ya tiempo, y si la amas, sólo puedes amarla porque naciste en ella como su último habitante. Estas tormentas en los aires, este estruendo en las olas, este jadeo de la montaña de fuego, pero más que nada esta luz roja que descende de la bóveda del cielo como si fluyera de un altar de sacrificios, es cosa horrible y sólo propia para el diablo: es como si se bebiera sangre al tomar aliento.

BRUNHILD

¿Pues qué sabes tú de mi soledad? Aun no he echado de menos nada de vuestro mundo, y si llegara ese caso iría por ello, tenedlo por seguro, y no necesitaría que me lo regalaran.

SIEGFRIED

¿No os lo dije antes? ¡A luchar, a luchar! ¡Tienes que llevártela de aquí a la fuerza! Una vez hecho, te lo agradecerá.

BRUNHILD

¿Crees tú? Puedes engañarte. ¿Sabéis lo que tendría que sacrificar por vosotros? No lo sabéis, ni nadie lo ha sabido. Oídllo antes y preguntaos cómo habré de defenderlo. Cierto que el tiempo permanece aquí inmóvil y no conocemos la primavera, ni el verano, ni el otoño: el año no muda jamás su faz y nosotros somos inmutables como él. Pero aunque aquí no prospere nada de todo lo que

crece a los rayos del sol para vosotros, en cambio en nuestra noche madura lo que en modo alguno podéis sembrar o plantar. Aun me regocijo del combate, lanzo gritos de alegría al dominar al jactancioso enemigo; aun me basta la juventud, esta exuberante sensación de vida, y antes de que esto pueda abandonarme, ya el Destino, bendiciéndome secretamente con dones milagrosos, me ha consagrado como su suprema sacerdotisa.

FRIGGA

¿Qué le ocurre? ¿Fué bastante con mi sacrificio?

BRUNHILD

La tierra se abrirá de pronto delante de mí y me descubrirá lo que oculta en su seno; oiré sonar las estrellas allá arriba y comprenderé sus celestiales dones, y aun me será adjudicada una tercera felicidad, una felicidad que ni siquiera cabe concebirla.

FRIGGA

¡Tú lo haces, Odin! Tu has quitado el velo de su vista porque por la noche estaba cerrado su oído para ti; ahora ve con sus propios ojos lo que hila la Norna.

BRUNHILD

(*Muy erguida y con ojos inmóviles.*) Llegará una mañana en que en vez de ir a cazar el oso o soltar de su prisión a la serpiente de mar, cautiva en el hielo, para que no deshaga el planeta a cole-

tazos, saldré ya temprano del castillo. Animosamente domo a mi morcillo, que me lleva con alegría; de pronto lo detengo. El suelo ante mí se ha convertido en aire. Horrorizada tiro de las riendas para que vuelva atrás mi caballo. Lo mismo esa mi espalda. El suelo es transparente. Nubes coloreadas debajo de mí como sobre mi cabeza. Las criadas siguen charlando. Grito: «¿Estáis ciegas que nada veis? ¡Flotamos sobre un abismo!» Se asombran, menean silenciosamente la cabeza, se aprietan en torno a mí. Pero Frigga murmura: «¡Llegó también tu hora? ¡Sólo entonces me doy cuenta!» El globo terráqueo se ha hecho como de cristal para mí, y lo que me parecían nubes es el tejido de las venas de oro y plata que la atraviesan resplandecientes hasta su fondo.

FRIGGA

¡Victoria! ¡Victoria!

BRUNHILD

Vendrá una noche. No inmediatamente. Acaso mucho después. Estamos aquí reunidas. De repente mis criadas caen a tierra como muertas, con su última palabra cortada en sus labios; pero algo me impulsa a subir a la torre, pues sobre mí todo son resonancias y cada estrella tiene su tono propio. Al principio sólo es música lo que percibo; pero cuando palidece la mañana, murmuro como en sueños: «El rey morirá antes de la noche y su hijo no puede nacer, se asfixiará en el vientre de

su madre.» Sólo por los otros sé que lo he dicho y no puedo sospechar por qué lo sé. Pero pronto se me aclarará todo y mi fama se extenderá de polo a polo. Entonces también vendrán a mi encuentro como ahora, pero no con espadas para combatir conmigo, sino humildemente, depuesta la corona, para escuchar mis sueños e interpretar mis balbuceos, pues mi vista penetra en lo futuro y tengo en las manos las llaves de los tesoros del mundo. Así, sin destino, pero concedora del destino, me alzo sobre todos y olvido por completo que me ha sido prometido todavía más. Ruedan los siglos, los milenarios; yo no lo advierto. Pero por último me pregunto a mí misma: «¿Qué es de la muerte?» Entonces, mediante el espejo, mis rizos me dan la respuesta: son negros y siguen sin encanecer, y yo exclamo: «Este es el tercer don, que no viene la muerte.» (*Cae hacia atrás; las criadas la sostienen.*)

FRIGGA

¿Por qué tiemblo todavía? Aunque fuera el que blande la Balmung, ahora tiene defensa hasta contra él. Caerá, si a pesar de amarlo lo combate, y lo combatirá ahora que sabe esto.

BRUNHILD

(*Se yergue de nuevo.*) ¡Hablé! ¿Qué dije?

FRIGGA

¡Coge tu arco, hija! ¡Tu flecha volará hoy como aun no ha volado nunca! Lo otro para después.

BRUNHILD

(A los guerreros.) ¡Venid!

SIEGFRIED

(A BRUNHILD.) ¡Juras que nos seguirás en seguida si quedas vencida?

BRUNHILD

¡Lo juro!

SIEGFRIED

¡Pues luchad! ¡Mientras tanto arreglaré el barco!

BRUNHILD

(A FRIGGA, al salir.) Ve a la sala de los trofeos y pon allí un nuevo clavo. (A los guerreros.) ¡Vamos! (Salen todos.)

no
ese
has
no
p
sup
ens
vo

ACTO SEGUNDO

Worms. Patio del castillo.

ESCENA PRIMERA

RUMOLT y GISELHER, encontrándose.

GISELHER

¿Qué es eso, Rumolt, no va a quedar en pie ni un solo árbol? Hace semanas enteras que estás acarreando bosques y te preparas de un modo tan descomunal para la boda, como si vinieran a un tiempo hombres, enanos y silfos.

RUMOLT

Me preparo para ello, y si encuentro que cualquier caldera no está llena como es debido, meteré enseguida en ella al negligente cocinero y la revolveré con el pinche como cuchara.

GISELHER

Entonces ¿estás seguro ya del buen éxito?

RUMOLT

Lo estoy porque es Siegfried el que la corteja. Quien yendo de camino coge a dos hijos de reyes y nos los envía como si fueran liebres ahuyentadas, puede salir con bien aun habiéndoselas con diablasas.

GISELHER

Tienes razón. ¡Buenas prendas de ello son estos Ludegast y Ludeger! Pensaban venir aquí con un ejército tal como jamás Burgundia había visto otro semejante y comparecen como prisioneros que ni siquiera necesitan ya de vigilancia: sigue guisando, amigo, que no te faltarán huéspedes. (*Entra GERENOT.*)

GISELHER

¡Aquí está el cazador!

GERENOT

¡Pero sin caza! Estaba en nuestra torre y vi el Rin todo cubierto de navíos.

RUMOLT

¡Es la novia! Entonces haré que sacrifiquen inmediatamente en el corral todo lo que brama, muge, bala y gruñe, para que ya desde lejos advierta cómo será recibida. (*Se oyen trompetas.*)

GERENOT

¡Ya es tarde!

ESCENA SEGUNDA

Entra SIEGFRIED con acompañamiento.

SIEGFRIED

¡Aquí estoy otra vez!

GISELHER

¿Sin mi hermano?

SIEGFRIED

¡Tranquilízate! Vengo como su mensajero... Pero no para darte a ti su aviso. Viene dirigido a tu madre y espero que también me será dado ver a tu hermana.

GISELHER

Debes verlas, valiente espada, pues además te debemos agradecimiento por lo de los dos príncipes daneses.

SIEGFRIED

Ahora querría no haberlos enviado.

GISELHER

¿Por qué? No podías mostrarnos de mejor manera lo que habíamos ganado con tu brazo, pues en verdad que no eran hombres de poco valor.

SIEGFRIED

¡Es posible! Pero si no lo hubiera hecho, quizás

un pájaro habría extendido el rumor de que me habían dado muerte y entonces preguntaría ahora: «¿Cómo lo tomó Kriemhild?»

GISELHER

No poco útiles te fueron entre nosotros. Que con metales y bronce, mediante fuertes golpes, puede formarse una trompeta, es cosa sabida por mí desde hace mucho tiempo; pero ignoraba que se pudieran hacer con hombres, y estos dos me demuestran lo que es capaz de realizar un forjador como tú. ¡Te ensalzaban de un modo!... Si lo hubieras oído aún estarías hoy colorado. Y no sólo por prudencia, que bien suele alabar al enemigo porque de este modo sobredora la vergüenza de la derrota propia, sino con verdadero placer. Pero será mejor que oigáis esto de Kriemhild que nunca se cansaba de preguntarles. Allá viene.

ESCENA TERCERA

Entran UTE y KRIEMHILD

SIEGFRIED

¡Qué compromiso!

GISELHER

¿Cuál?

SIEGFRIED

Nunca aun deseé la presencia de mi padre para

que me diga cómo debo luchar; pero bien podría necesitar hoy a mi madre para preguntarle cómo hay que hablar.

GISELHER

Dame la mano si eres tan tímido. Aquí me llaman el niño. Así podrá verse cómo conduce al león este niño. (*Lleva a SIEGFRIED hacia las mujeres.*) ¡El héroe de Neerlandia!

SIEGFRIED

No os espantéis, nobles mujeres, de que venga solo.

UTE

¡Oh, no, valiente Siegfried! No nos asustamos. Tú no eres el guerrero que sobrevive cuando perecen todos los otros para que tenga mensajero la desgracia. Me anuncias la nueva hija y a Kriemhild su hermana.

SIEGFRIED

Así es, reina.

GISELHER

¡Así es! ¿Y nada más? ¿Y aun eso dicho con dificultad? ¿Le envidias la novia al rey, mi hermano, o acaso has perdido la lengua en el combate, aun cuando hasta ahora aun no haya habido ningún ejemplo conocido de ello? Pero no; hace poco la empleabas con mucha agilidad cuando me hablabas de los ojos castaños y los cabellos negros de Brunhild.

SIEGFRIED

No lo creáis.

GISELHER

Para negarlo con energía levanta tres de tus dedos y jura que son azules y rubios.

UTE

Este es un maligno pilluelo que se halla entre la edad del débil azote de abedul y la del fuerte de avellano. Hace ya tiempo que está demasiado crecido para el azote de la madre y jamás ha sentido la vara del padre, y por eso es tan petulante como un potro que nada sabe de la brida y el látigo. ¡Perdónalo o castígalo!

SIEGFRIED

¡Podría ser peligroso! Embridar un potro salvaje es cosa difícil y muchos se alejan de él cojeando antes de poder montarlo.

UTE

Entonces queda otra vez sin castigo.

GISELHER

En acción de gracias quiero descubrirte un secreto.

KRIEMHILD

¡Giselher!

GISELHER

¡Tienes algo que ocultar? ¡Nada temas! No co-

nozco tu secreto y no quitaré soplando ninguna ceniza de tu ascua.

UTE

¿Pues qué es?

GISELHER

Ahora lo he olvidado yo mismo. Si una hermana se ruboriza así de repente, entonces, como hermano, se cavila sobre ello preguntándose el motivo. ¡Bueno! ¡Es igual! Ya me acordaré antes de mi muerte y entonces se lo diré en seguida.

SIEGFRIED

Bien puedes mofarte, pues me olvido completamente de mi comisión, y antes de que os haya impulsado a que os pongáis vuestros trajes de fiesta, oís las trompetas y entra Gunther con su novia.

GISELHER

¿No ves cómo corre el cocinero mayor? A él ya le ha dicho bastante tu llegada. ¡Voy a ayudarle! (*Va hacia RUMOLT.*)

KRIEMHILD

A tan noble mensajero no nos es dado ofrecerle ningún presente.

SIEGFRIED

¡Sí, sí! ¡Oh, sí! (*KRIEMHILD se sujeta un broche y al hacerlo se le cae un pañuelo.*)

SIEGFRIED

(*Atrapando el pañuelo.*) Y será éste.

KRIEMHILD

No es digno de ti ni de mí.

SIEGFRIED

Las joyas son para mí como para otros el polvo: podría levantar casas de oro y plata, pero me falta un pañuelo como éste.

KRIEMHILD

Pues tómalo. Yo misma lo he tejido.

SIEGFRIED

¿Y lo das gustosa?

KRIEMHILD

Sí, mi noble Siegfried; lo doy gustosa.

UTE

Pero ahora perdónanos... Ya va siendo tiempo también para nosotras. (*Vase con KRIEMHILD.*)

ESCENA CUARTA

SIEGFRIED

Estuve hecho una estatua de Roldán. Me asombra que ningún gorrión haya venido a anidar en mis cabellos.

ESCENA QUINTA

Entra el capellán.

CAPELLÁN

Perdonadme, noble guerrero, ¿está bautizada Brunhild?

SIEGFRIED

Sí lo está.

CAPELLÁN

Es, por lo tanto, país cristiano aquel de donde viene.

SIEGFRIED

Se venera la cruz.

CAPELLÁN

(Retirándose.) Se la venerará como aquí, donde se consiente que a su lado se alce un roble de Wodan, porque no se sabe si no habitará algún encanto en su interior; del mismo modo que el cristiano más piadoso no es fácil que destruya un ídolo, porque aun se agita calladamente en él un resto del antiguo temor, si lo ve mirar con ojos abobados.

ESCENA SEXTA

Trompetas. BRUNHILD, FRIGGA, GUNTHER, HAGEN, VOLKER, *acompañamiento.* KRIEMHILD y UTE *van a su encuentro desde el castillo.*

GUNTHER

Aquí está el castillo, y mi madre se acerca con mi hermana para saludarte.

VOLKER

(*A BRUNHILD, mientras las mujeres avanzan unas hacia otras.*) ¿No ganas nada con estar junto a ellas?

HAGEN

¡Siegfried, una palabra! Tu consejo era malo.

SIEGFRIED

¿Mi consejo era malo? ¿No está dominada? ¿No se encuentra ya aquí?

HAGEN

¿Qué se alcanzó con ello?

SIEGFRIED

Creo que todo.

HAGEN

¡Nada! Quien no puede robarle un beso no la sojuzgará jamás, y Gunther no puede.

SIEGFRIED

¿Lo ha intentado?

HAGEN

¿Habría yo si no? Hace poco. A la vista del castillo. Al principio se resistió como le corresponde a una moza, como pueden haberse resistido nuestras madres; pero cuando notó que le bastaba un dedo para echar a rodar a su pretendiente se puso como loca, y, como él no cesara en su empeño, lo agarró, y, para eterna vergüenza suya y nuestra, con el brazo extendido lo tuvo pendiente fuera del barco, sobre las aguas del Rin.

SIEGFRIED

Una diablesa.

HAGEN

No injurias. Remedia.

SIEGFRIED

Creo que cuando el sacerdote los haya unido...

HAGEN

Si siquiera no estuviera la vieja, la criada que la acompaña. Acecha y pregunta todo el día y está a su lado como su experiencia de los setenta u ochenta años. ¡La temo más que a ella!

UTE

(A KRIEMHILD y BRUNHILD.) Amaos, por lo tan-

to, y haced que el anillo que vuestros brazos han formado ahora, en el primer impulso del corazón, se dilate poco a poco hasta constituir un círculo, en el cual, con iguales pasos e igual placer, os mováis en torno al mismo punto. Lo pasaréis mejor que yo, pues lo que no me era dado decirle a mi señor tenía que tragármelo, y de este modo ni siquiera podía quejarme de él.

KRIEMHILD

Queremos ser como hermanas.

BRUNHILD

Por vosotras permitiré que vuestro hijo y hermano, aun antes de la noche, me imprima con los labios el signo que me señale como criada suya, pues aun estoy sin la marca de fuego como árbol demasiado joven; además, si vosotras no me lo endulzárais mantendría eternamente alejada de mí la afrenta que me amenaza.

UTE

¿Hablas de una afrenta?

BRUNHILD

Perdonadme esta palabra, pero lo digo como lo siento. Soy extraña a vuestro mundo, y así como os espantaría el mío si entrarais en él, también me atemoriza el vuestro. Me parece que no hubiera podido nacer aquí y aquí debo vivir... ¿Es siempre tan azul el cielo?

KRIEMHILD

No siempre, pero sí la mayor parte del tiempo.

BRUNHILD

Nosotros no conocemos otro azul que el de los ojos, y eso sólo en unión con cabellos rojos y semblante blanco como leche. ¿Y está siempre el aire tan tranquilo?

KRIEMHILD

A veces también se levantan tormentas; entonces se convierte en noche el día y todo es furor de relámpagos y truenos.

BRUNHILD

¡Oh, si ocurriera eso! Sería para mí como el saludo de la patria. No puedo acostumbrarme a tanta luz; me produce dolor; es para mí como si anduviera desnuda, como si no hubiera aquí ningún ropaje bastante tupido... ¿Esos son las flores? Rojo y amarillo y verde.

KRIEMHILD

Jamás las has visto y, sin embargo, conoces los colores..

BRUNHILD

Tenemos piedras preciosas de toda especie, pero no blancas y negras; sólo que blancas son mis propias manos y negros mis cabellos.

KRIEMHILD

Entonces ¿no sabes nada del aroma? (*Coge para ella una violeta.*)

BRUNHILD

¡Oh, esto es delicioso! ¿Y lo exhala esta florecilla, la única que no descubrieron mis ojos? Querría darle un nombre bien dulce, pero ya tendrá el suyo.

KRIEMHILD

Ninguna es más humilde que ella y ninguna hubiera sido más fácilmente pisada por tu pie, pues casi parece avergonzarse de ser algo más que hierba; tan profundamente se esconde, y, sin embargo, te arranca con su lisonja tus primeras dulces palabras. Sírvate de señal de que aun puede estar oculto aquí a tu mirada lo que te hará feliz.

BRUNHILD

Lo espero y lo creo. Pero bien necesario me es también. No sabes lo que significa ser mujer y, sin embargo, dominar al hombre en cada combate y sólo con alentar, beber la fuerza que a él le abandona con el torrente de sangre que se derrama de él y alza a ti sus vapores. Sentirte cada vez más fuerte, cada vez más animosa, y, por último, cuando más que nunca estás segura de la victoria... (*Cambiando súbitamente.*) Frigga, vuelvo a preguntártelo otra vez: ¿Qué fué lo que vi y dije antes del último combate?

FRIGGA

Parece que con los ojos del espíritu viste este país.

BRUNHILD

¡Este país!

FRIGGA

¡Y que te encantaba!

BRUNHILD

¡Y que me encantaba!... Pero tus ojos arrojaban llamas.

FRIGGA

Porque te veían tan feliz.

BRUNHILD

Y estos guerreros me parecieron pálidos como la nieve.

FRIGGA

Ya lo estaban antes.

BRUNHILD

Pues ¿por qué me lo ocultaste tanto tiempo?

FRIGGA

Sólo lo comprendo ahora al poder comparar.

BRUNHILD

Si tanto me entusiasmé al columbrar este país, tendré que volver a estarlo de nuevo.

LOS NIBELUNGOS.— T. I.

FRIGGA

No lo dudes.

BRUNHILD

Pero me parece como si hubiera hablado de metales y estrellas.

FRIGGA

Sí, sí, también. Hablaste de que las estrellas centelleaban aquí más claramente, pero que el oro y la plata estaban en cambio sin brillo.

BRUNHILD

¡Ah, sí!

FRIGGA

(A HAGEN.) ¿No es verdad?

HAGEN

No presté atención.

BRUNHILD

Os ruego a todos que me toméis por una niña; creceré más de prisa que las otras, pero no soy ahora otra cosa. (A FRIGGA.) ¿Con que era eso?

FRIGGA

¡Eso era!

BRUNHILD

Está bien entonces... Está bien entonces.

UTE

(A GUNTHER, que se ha acercado.) Hijo mío, si

es demasiado áspera contigo, deja que pase el tiempo. En medio de los graznidos de los cuervos y grajos que oía en su tierra no podía abrirse su corazón, pero eso ocurrirá aquí con el canto de las alondras y los trinos de los ruiseñores.

HAGEN

Así habla el trovero cuando está con la fiebre y acaricia sus tripas de perro. Pero sea Da tiempo a la doncella para que reflexione, pero a la princesa tómale la palabra. Es tuya por derecho de conquista. Tómala, pues. (*Grita.*) ¡Capellán! (*Marcha delante.*)

GUNTHER

¡Te sigo gustoso!

SIEGFRIED

Detente, detente, Gunther, ¿qué me has prometido?

GUNTHER

Kriemhild, ¿me es permitido elegir esposo para ti?

KRIEMHILD

Hermano mío y señor, dispón lo que quieras.

GUNTHER

(*A UTE.*) ¿No tengo que temer que se oponga nadie?

UTE

Tú eres el rey, yo una criada como ella.

GUNTHER

Entonces, en medio de mis parientes, te ruego que cumplas un juramento mío y des tu mano al noble Siegfried.

SIEGFRIED

No puedo hablar como quisiera si te miro al rostro, y ya habrás tenido bastante con mis balbuceos de antes; por eso te pregunto, como pregunta cada cazador, sólo que al hacerlo no hago ondear hasta el suelo las plumas de mi sombrero: ¿Me quieres por esposo, doncella? Pero para que no te soborne mi propia simpleza y no estés por completo privada de consejo antes del sí o el no, permite que te anuncie el modo como suele reprehenderme mi madre. Dice que es cierto que soy bastante fuerte para conquistar el mundo para mí, pero demasiado tonto para conservar ni la menor topera, y que si no pierdo hasta los ojos es sólo por su imposibilidad. Lo uno puedes creérselo fácilmente, pero lo otro lo refutaré, pues sólo con que llegue a conquistarte ha de verse cómo sé conservar. Así, pues, te digo de nuevo, Kriemhild, ¿me quieres por esposo?

KRIEMHILD

Madre ¿te sonríes? ¡Oh! No he olvidado lo que soñé y no me ha abandonado el temor; al contrario, me advierte más que nunca. Pero justamente por eso digo animosa: ¡Sí!

BRUNHILD

(*Se pone entre KRIEMHILD y SIEGFRIED.*) ¡Kriemhild!

KRIEMHILD

¿Qué quieres?

BRUNHILD

Mostrarme como tu hermana.

KRIEMHILD

¿Ahora? ¿De qué modo?

BRUNHILD

(*A SIEGFRIED.*) ¿Cómo te has permitido tender la mano hacia ella, hacia una hija de rey, ya que sólo eres vasallo y servidor?

SIEGFRIED

¿Cómo?

BRUNHILD

¿No viniste como guía y partiste como mensajero? (*A GUNTHER.*) ¿Y cómo puedes tú sufrir y favorecer que lo haga?

GUNTHER

Es el primero de todos los guerreros.

BRUNHILD

Asígnale por ello el primer puesto al lado de tu trono.

GUNTHER

Es más rico en tesoros que yo mismo.

BRUNHILD

¡Uf! ¿Y eso le da derecho a tu hermana?

GUNTHER

Me ha librado ya de millares de enemigos.

BRUNHILD

¿El héroe que me venció a mí agradece eso?

GUNTHER

Es un rey como yo mismo.

BRUNHILD

¿Y, sin embargo, se colocó entre los servidores?

GUNTHER

Te explicaré ese enigma cuando hayas llegado a ser mía.

BRUNHILD

Jamás lo seré antes de saber ese secreto.

UTE

Entonces ¿en modo alguno quieres llamarme madre? No lo aplaces demasiado; soy vieja y sufrí muchos dolores.

BRUNHILD

Le seguiré a la iglesia como le he jurado y

con alegría llegaré a ser tu hija, pero no su mujer.

HAGEN

(A FRIGGA.) Apacíguala.

FRIGGA

¿Se necesita de mí para eso? Si una vez la ha vendido, ya lo logrará la segunda, pues el resistirse es un derecho de la moza.

SIEGFRIED

(Cogiendo la mano de KRIEMHILD.) Para mostrarme en seguida como rey, te regalo el tesoro de los Nibelungos. Y ahora, a cumplir mi derecho y tu deber. (*La besa.*)

HAGEN

¡A la catedral!

FRIGGA

¿Tiene el tesoro de los Nibelungos?

HAGEN

¡Ya lo oyes! ¡Que toquen las trompetas!

FRIGGA

¿También la espada Balmung?

HAGEN

¿Por qué no? ¡Hola! ¡Tocad la música de las bodas! (*Música ruidosa. Vanse todos.*)

ESCENA SEPTIMA

Pórtico. Entran TRUCHS y WULF. Unos enanos atraviesan la escena transportando tesoros.

TRUCHS

Yo estoy por Kriemhild.

WULF

¿Sí? Pues yo por Brunhild.

TRUCHS

¿Por qué, si te place?

WULF

¿Cómo quebrarías lanzas en el torneo si todos defendiéramos el mismo color?

TRUCHS

Esa razón tengo que admitírtela, pero si no, sería locura.

WULF

¡Oh! No lo digas muy alto, pues hay muchos que juran por la extranjera.

TRUCHS

Hay una diferencia como de la noche al día.

— WULF

¿Quién lo niega? Pero muchos aman la noche.
(*Señala a los enanos.*) ¿Qué llevan esos?

TRUCHS

Creo que es el tesoro; pues Siegfried lo trajo del país de los Nibelungos al tiempo que los obligó a venir como escolta, y según oigo está destinado a servir de viudedad a Kriemhild.

WULF

¡Esos enanos son odiosos! ¡Con la espalda hueca! Pon a uno del revés y ya tienes una artesa.

TRUCHS

Además viven con la casta de los reptiles en el seno de la tierra y en las cavernas de los montes y son parientes del topo.

WULF

Pero fuertes.

TRUCHS

Y listos. Ya no necesita buscar la raíz de la mandrágora quien los tiene por amigos.

WULF

(*Señala los tesoros.*) Quien los posee no necesita ya de ambas cosas.

TRUCHS

Casi no los querría. Es un viejo decir el de que el oro encantado está aún más sediento de sangre que una esponja seca de agua. Además, estos guerreros nibelungos dicen muy extrañas cosas.

WULF

Acerca del cuervo. ¿Qué fué eso? Solo a medias lo he oído.

TRUCHS

Un cuervo se posó sobre el oro cuando lo llevaron al barco, y graznó tales cosas, que Siegfried, que lo comprendía, se tapó primero los oídos silbando para espantarlo, después lo apedreó con piedras preciosas y, por último, porque no se retiraba, debe de haber llegado hasta a arrojarle la lanza.

WULF

Eso quiere decir algo. Porque en el fondo es tan dulce como valiente. (*Suenan trompetas.*) Escucha; eso va también con nosotros. Se reúnen. ¡Viva Brunhild!

TRUCHS

¡Viva Kriemhild! (*Vanse. Otros guerreros que se han ido reuniendo mientras tanto, les siguen y repiten los gritos. Se hace cada vez más obscuro.*)

ESCENA OCTAVA

Salen HAGEN y SIEGFRIED.

SIEGFRIED

¿Qué quieres, Hagen? ¿Por qué me haces seña de que me aparte del banquete? Jamás volveré a sentarme como lo estoy ahora; por tanto, concé-

deme el día de hoy; bien lo he merecido trabajando por vosotros.

HAGEN

Aun hay más que hacer.

SIEGFRIED

Aplázalo para mañana. Cada minuto es hoy como un año para mí; puedo contar las palabras que hablé con mi novia; déjame por lo menos la noche para mi mujer.

HAGEN

Jamás molesté sin necesidad a los enamorados y a los ebrios. De nada te sirve el que te resistas; tienes que hacerlo. Ya has oído lo que dijo Brunhild, y bien ves cómo celebra la boda: sentada a la mesa y llorando.

SIEGFRIED

¿Puedo hacer yo que sea de otro modo?

HAGEN

No hay que dudar de que cumplirá lo prometido y menos aún de que sería inextinguible la afrenta. ¿No lo ves claramente?

SIEGFRIED

¿Qué resulta de ello?

HAGEN

Que tienes que domeñarla... (*Entra GUNTHER.*)

SIEGFRIED

¿Yo?

HAGEN

Escúchame. El rey entra con ella en el dormitorio. Tú los sigues con la caperuza. Antes aun de que ella alce su velo le pide él con violencia un beso. Ella se lo niega. Luchan. Ella ríe y triunfa. Entonces apaga él la luz, como si fuera por casualidad, y exclama: «Hasta aquí la broma, ahora lo serio; aquí pasarán las cosas de otro modo que en el navío.» Entonces la agarras tú y haces que conozca la mano del señor, hasta que implore perdón por su misma vida. Una vez hecho esto, el rey le hace jurar que será sumisa criada y tú te alejas como has llegado.

GUNTHER

¿Estás dispuesto a prestarme este último servicio? Jamás solicitaré otro de ti.

HAGEN

Lo hará; tiene que hacerlo. Ha comenzado la obra; ¿cómo no va a terminarla?

SIEGFRIED

Aunque quisiera, y a la verdad, exígis de mí una cosa que me sería lícito negarme a hacer hasta en cualquier otro día que no fuera el de mis bodas; aunque quisiera, ¿cómo podría hacerlo? ¿Qué le diría a Kriemhild? Ya ahora tiene tanto que perdonarme, que el suelo me quema los pies; si qui-

siera repetir otra vez la falta, en toda la vida podría dispensarme.

HAGEN

Cuando una hija se separa de su madre para pasar de la habitación donde estuvo su cuna a la cámara nupcial, hay una larga despedida, amigo. Tienes tiempo bastante, y, por lo tanto... ¡trato hecho! (*Como quiera que SIEGFRIED le niegue la mano.*) Brunhild es ahora como una salvajina herida. ¿Quién la dejará correr así con la flecha? Un noble cazador le lanza la segunda. Lo perdido, perdido está; lo acabado, acabado. La orgullosa heredera de valquirias y nornas está en la agonía; máatala del todo y mañana nos acogerá con risas una animosa mujer que dirá todo lo más: «He tenido un pesado sueño.»

SIEGFRIED

No sé lo que me advierte...

HAGEN

¿Crees que la señora Ute habrá acabado antes que tú mismo? Hazte cuenta de que llamará a Kriemhild otras tres veces después de la bendición y despedida.

SIEGFRIED

Y sin embargo digo que no.

HAGEN

¿Cómo? Si en este momento apareciera un men-

sajero y te anunciara que tu padre estaba muriéndose, ¿no pedirías en seguida a gritos tu caballo y tu mujer misma no te haría que montaras en él? Pues un padre, aunque sea anciano, puede sanar; pero el honor, una vez enfermo y no curado muy de prisa, no vuelve nunca a levantarse de entre los muertos, y el honor de un rey es la estrella que alumbra al de todos sus guerreros o lo obscurece. ¡Ay del vacilante que le robe uno solo de sus rayos! Si yo pudiera hacerlo, no te rogaría tanto tiempo. Lo haría yo mismo y estaría orgulloso de ello. Pero artes mágicas lo han comenzado y artes mágicas tienen ahora que acabarlo. Hazlo, pues. ¿Tendré que arrodillarme?

SIEGFRIED

¡No lo hago con gusto! ¡Quién lo hubiera pensado! ¡Y, sin embargo, era fácil figurárselo! ¡Oh Naturaleza tres veces santa! Me repugna como jamás en la vida me repelió cosa alguna, pero lo que tú dices no carece de razón y acepto por ello.

GUNTHER

Le indicaré a mi madre...

HAGEN

¡No, no! ¡Mujeres no! Estamos aquí los tres y espero que no hay entre nosotros ni una sola lengua. El cuarto en nuestro pacto séalo la muerte.
(*Vanse todos.*)

ACTO TERCERO

Por la mañana. Patio del castillo. A un lado la catedral.

ESCENA PRIMERA

Entran armados RUMOLT y DANKWART.

RUMOLT

¡Tres muertos!

DANKWART

¡Vamos! Para el día de ayer fueron bastantes, ya que no era mas que un preludio. Hoy será probablemente otra cosa.

RUMOLT

Estos nibelungos están ya provistos de sus mortajas; cada uno la lleva consigo como su espada.

DANKWART

En el Norte hay usos muy raros, pues conforme se van haciendo más bravos los montes, conforme los alegres robles tienen que ceder el puesto a los lúgubres pinos, también el hombre se hace más te-

nebroso, hasta que finalmente desaparece por completo y sólo existen las fieras. Primero viene un pueblo que ya no puede cantar; con éste limita otro que no ríe; después sigue uno mudo, y así en adelante.

ESCENA SEGUNDA

Música. Gran cortejo. WULF y TRUCHS entre los guerreros.

RUMOLT

(Uniéndose a los otros, lo mismo que DANKWART.)
¿Estará contento ahora Hagen?

DANKWART

Bien lo creo. Esto es una leva como para una guerra. Pero tiene razón en decir que esta reina necesita otras alboradas que las que hacen oír las alondras que cantan en los tilos. *(Siguen adelante.)*

ESCENA TERCERA

Aparece SIEGFRIED con KRIEMHILD.

KRIEMHILD

(Señalando a su traje.) ¿Qué, me lo agradeces?

SIEGFRIED

No sé a qué te refieres.

KRIEMHILD

Mírame y lo verás.

SIEGFRIED

Te agradezco que existas, que sonrías así, que tengas ojos azules y no negros...

KRIEMHILD

¡Alabas al Señor en su sierva! Dime, loco, ¿me he creado yo a mí misma y escogido para mí los ojos que ensalzas?

SIEGFRIED

Me parece que sólo el amor podría haber tenido tan peregrino sueño. Sí; en una mañana en que todo centelleaba de un modo tan primaveral como hoy, atrapaste las dos más claras gotas de rocío que pendían de las dos campanillas más azules y desde entonces llevas dos veces el cielo en tu cara.

KRIEMHILD

Pues mejor será que me agradezcas el que cuando niña haya caído con tanta prudencia, pues estos ojos estuvieron duramente amenazados cuando me hice esta señal en la sien.

SIEGFRIED

Déjame que bese la cicatriz.

KRIEMHILD

Ardoroso médico, no malgastes tu bálsamo; la

herida está curada desde hace mucho tiempo.
No; prosigue.

SIEGFRIED

Bueno, pues agradezco a tu boca...

KRIEMHILD

¿Con palabras?

SIEGFRIED

(*Quiere abrazarla.*) ¿Permites que de este modo...?

KRIEMHILD

(*Haciéndose atrás.*) ¿Crees que lo solicito?

SIEGFRIED

Pues con palabras te doy gracias por las palabras. No, por algo más dulce que las palabras; por el modo como me susurraste encantadores secretos, tan sabrosos para el oído como tu beso para los labios; y por los secretos mismos, el haber acechado a la ventana cuando tiramos por apuesta. ¡Oh! ¡Si lo hubiera sospechado! Y por tu mofa y burla...

KRIEMHILD

Para quedar con honra lo tomas de ese modo ¿no es eso? ¡Cuánta malicia, amigo! Te lo dije en la obscuridad. ¿Quieres ver si me ruborizo al repetírmelo ahora de día? Mi sangre es muy tonta, sube y baja hartó de prisa, y a menudo mi madre me compara con un rosal que lleve rosas rojas y blan-

cas en el mismo tallo. Nada habrías sabido de todo esto; pero muy bien sentí cómo ardían mis mejillas cuando mi hermano se metió conmigo ayer por la mañana y por eso tuve que confesarte el delito.

SIEGFRIED

Que tope hoy con el mejor ciervo.

KRIEMHILD

Y que yerre el tiro. Sí. Eso deseo yo también... De fijo que tú eres como mi tío el de Tronie, que sólo en que le aprieta conoce el traje nuevo que ha sido bordado para él y que le ha sido puesto en secreto delante de la cama.

SIEGFRIED

¿Por qué?

KRIEMHILD

Tú no ves sino lo que Dios y la Naturaleza han hecho en mí, pero se te escapa mi propio merecimiento; éste comienza con el traje, y ni siquiera el cinturón te sorprende.

SIEGFRIED

Sí, tiene lindos colores. Pero preferiría atar el arco iris en torno a tu cintura; me parece que concertaría contigo y tú con él.

KRIEMHILD

Basta con qué me lo traigas por la noche y lo

cambiaré; pero no lo arrojes al suelo como éste; a punto estuvo de pasar inadvertido tu regalo.

SIEGFRIED

¿Qué dices?

KRIEMHILD

Si no fuera por las piedras preciosas, aun estaría ahora debajo de la mesa; pero es cierto que el fuego no puede permanecer oculto.

SIEGFRIED

¿Procede de mí esto?

KRIEMHILD

Ciertamente.

SIEGFRIED

Sueñas, Kriemhild.

KRIEMHILD

Lo encontré en el dormitorio.

SIEGFRIED

Lo habrá perdido tu madre.

KRIEMHILD

¡Mi madre! ¡Oh, no! ¡Conozco sus joyas! Pensé que procedería del tesoro de los Nibelungos y me lo puse rápidamente para darte esa alegría.

SIEGFRIED

Te lo agradezco, pero no lo conozco.

KRIEMHILD

(*Se quita el cinturón.*) Entonces vuelve a dejar el puesto al galón de oro que cubres. Estaba ya completamente adornada y sólo lo puse encima para honrar al mismo tiempo a mi madre y a ti, pues el galón procede de mi madre.

SIEGFRIED

¡Es extraño! ¿Lo encontraste en el suelo?

KRIEMHILD

¡Sí!

SIEGFRIED

¿Arrugado?

KRIEMHILD

¡Ya ves cómo lo conoces! La segunda broma te salió tan bien como la primera y tengo doble trabajo. (*Quiere volver a ponerse el cinturón.*)

SIEGFRIED

¡Por Dios, no!

KRIEMHILD

¿Lo dices en serio?

SIEGFRIED

(*Aparte.*) Trató de atarme las manos.

KRIEMHILD

¿No bromeas?



SIEGFRIED

(*Aparte.*) Entonces me enfurecí y usé de mis fuerzas.

KRIEMHILD

¿Aún no?

SIEGFRIED

(*Aparte.*) Le arranqué algo de las manos.

KRIEMHILD

Pronto lo creeré.

SIEGFRIED

(*Aparte.*) Porque volvió a agarrarlo, me lo introduje en el pecho y... Dámelo, dámelo, no hay pozo bastante profundo para ocultarlo; una piedra, y al Rin con él.

KRIEMHIL

¡Siegfried!

SIEGFRIED

Se me cayó después... Dámelo.

KRIEMHIL

Pues ¿cómo vino a tus manos?

SIEGFRIED

Es un espantoso y maldito secreto; no me pidas participar en él.

KRIEMHILD

Sin embargo, me has confiado uno mayor; conozco el sitio por donde puede alcanzarte la muerte.

SIEGFRIED

¡Ese me afecta a mí solo!

KRIEMHILD

¿Y este otro a dos?

SIEGFRIED

(Aparte.) ¡Maldición! Fuí demasiado lejos.

KRIEMHILD

(Cubriéndose el semblante.) Me juraste una cosa.
¿Por qué lo hiciste? No te lo había pedido.

SIEGFRIED

¡Por mi vida, que jamás he conocido mujer!
(KRIEMHILD mantiene en alto el cinturón.)

SIEGFRIED

¡Fuí atado con él!

KRIEMHILD

Si lo dijera un león sería más creíble.

SIEGFRIED

Y, sin embargo, es verdad.

KRIEMHILD

¡Esto es lo que duele! Un hombre como tú no puede cometer falta alguna que, por grave que sea, no le siente mejor que la mentira con que quiere cubrirla. *(Entran GUNTHER y BRUNHILD.)*

SIEGFRIED

¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Ahí vienen!

KRIEMHILD

¿Quién viene? ¿Brunhild? ¿Conoce el cinturón?

SIEGFRIED

¡Pero escóndelo!

KRIEMHILD

No, no, se lo enseñaré.

SIEGFRIED

Ocúltalo, y lo sabrás todo.

KRIEMHILD

(Escondiendo el cinturón.) ¿Conque en efecto lo conoce?

SIEGFRIED

¡Escúchame! *(Ambos siguen al cortejo.)*

ESCENA CUARTA

BRUNHILD

¿No era esa Kriemhild?

GUNTHER

Sí.

BRUNHILD

¿Cuánto tiempo estará todavía en el Rin?

GUNTHER

Pronto se marchará, pues Siegfried tiene que volver a su casa.

BRUNHILD

Le doy mi permiso y además renuncio a la despedida.

GUNTHER

¿Tan odioso te es?

BRUNHILD

No puedo ver que tu noble hermana se rebaje de ese modo.

GUNTHER

Hace lo que tú.

BRUNHILD

No, no; tú eres un hombre. Y este nombre, que sonaba antes tan hostilmente para mí, me llena ahora de orgullo y placer. Sí, Gunther, estoy asombrosamente transformada. ¿No lo notas? Podría preguntarte una cosa y no lo hago.

GUNTHER

Eres mi noble esposa.

BRUNHILD

Con gusto oigo que me llamen así, y me parece

tan extraño que yo haya domado al corcel y arrojado la lanza como si te viera a ti dando vueltas al asador. No quiero ya ver las armas, y hasta mi propio escudo es ahora demasiado pesado para mí; quise ponerlo a un lado y tuve que llamar a la criada para que me auxiliara. Sí; mejor querría ahora observar como tejen las arañas y construyen sus nidos los pájaros que no acompañarte.

GUNTHER

Esta vez tiene que ser.

BRUNHILD

Ya sé por qué. Perdóname. Era magnanimidad lo que tomé por debilidad. No quisiste avergonzarme cuando en el barco me opuse a ti de manera tan odiosa. Nada magnánimo había en mi pecho, y por esto la fuerza, que había venido a mí extraviada, por un capricho de la naturaleza, se ha vuelto hacia ti toda.

GUNTHER

Ya que eres tan benigna, reconcílate también con Siegfried.

BRUNHILD

No me lo nombres.

GUNTHER

Pero no tienes fundamento alguno para tenerle tanto odio.

BRUNHILD

¡No le tengo ninguno! Si un rey se rebaja tanto que presta servicio de guía y substituye a un mensajero, es ciertamente tan raro como si el hombre dejara que le pusieran una silla sobre los lomos en vez del caballo y ladrara y cazara en vez del perro; sólo que si a él le gusta eso, a mí no tiene por qué importarme.

GUNTHER

No fué así.

BRUNHILD

Y es tanto más divertida su conducta si, mientras hace eso, su cabeza y sus miembros sobresalen tan por encima de los de los otros, que se cree que colecciona las coronas de todos los reyes del mundo para forjarse con todas ellas una sola y mostrar por vez primera la majestad en su pleno esplendor; pues, esto es verdad, mientras en la tierra brilla más de una, ninguna es redonda, y en vez del anillo del sol, tampoco tú llevas sobre la frente mas que una pálida media luna.

GUNTHER

¡Ves cómo ya lo has considerado con otros ojos?

BRUNHILD

¡Le he saludado antes que a ti! ¡Véngate de eso!
¡Révalo!... ¡Mátalo!...

GUNTHER

¡Brunhild! Es el esposo de mi hermana y es mía su sangre.

BRUNHILD

Pues lucha con él y derríbalo en el polvo, para mostrarme lo magnífico que pareces cuando sirve él de taburete para tus pies.

GUNTHER

Tampoco eso se usa entre nosotros.

BRUNHILD

No renuncio a ello; tengo que verlo una vez. Tú tienes la esencia, el ser, y él la apariencia y la figura. Rompe ese encanto que atrae hacia él las miradas de los necios. Aunque también Kriemhild tenga que bajar los ojos, que ahora, a su lado, levanta con osadía casi excesiva, no se perderá nada; pero yo, si lo haces, te amaré de muy otra manera.

GUNTHER

También él es fuerte.

BRUNHILD

Aunque matara al dragón y sometiera a Alberich, todo eso ni de lejos llega a lo tuyo. En ti y en mí el hombre y la mujer han reñido el último combate por la supremacía. Tú eres el vencedor y yo no pido ya otra cosa sino que te adornes ahora con

todos los honores a que aspiraba yo. Tú eres el más fuerte del mundo; por eso, para causarme placer, arrójalo a latigazos de su nube de oro, para que aparezca desnudo y miserable; después, puede vivir cien años o los que quiera. (*Vanse ambos.*)

ESCENA QUINTA

Salen FRIGGA y UTE.

UTE

Vamos, Brunhild mira ya con ojos más alegres que ayer.

FRIGGA

Reina, es que lo está.

UTE

Bien me lo figuré.

FRIGGA

¡Yo no! ¡Yo no! Su ánimo está tan mudado, que no me asombraría que también se mudara su ser y se trocaran en rubios sus bucles negros, que tanto tiempo crepitaron bajo mi peine de oro.

UTE

Pero no es que lo sientas.

FRIGGA

Me asombra solamente, y si tú hubieras criado

como crié yo a este espejo de héroes y supieras todo lo que yo sé, también te asombrarías como yo.

UTE

(*Yendo otra vez hacia el castillo.*) No hagas más de lo que te corresponde.

FRIGGA

Hice ya más de lo que soñáis vosotros. No comprendo cómo ocurrieron así las cosas; pero si ella es feliz me estaré callada y de fijo que no le recordaré los tiempos olvidados por ella.

ESCENA SEXTA

Vienen KRIEMHILD y BRUNHILD, cogidas de la mano; se juntan muchos guerreros y pueblo.

KRIEMHILD

Pues ¿no es mejor contemplar las luchas que luchar uno mismo?

BRUNHILD

¿Has probado ya las dos cosas para poder comparar?

KRIEMHILD

Jamás querría tal cosa.

BRUNHILD

Pués no hagas tan audazmente de juez. No lo

digo por mal; puedes seguir dejándome tu mano; además es posible que sea como tú dices; sólo que yo creía que ese placer estaría destinado únicamente para mí.

KRIEMHILD

¿Qué quieres decir?

BRUNHILD

Ninguna mujer puede lanzar gritos de júbilo si ve vencido a su esposo.

KRIEMHILD

Cierto que no.

BRUNHILD

Ni tampoco engañarse si sólo sigue firme en sus estribos porque su señor lo trata con miramientos.

KRIEMHILD

Tampoco.

BRUNHILD

Pues entonces.

KRIEMHILD

Pero de eso estoy bien libre. ¿Te sonríes?

BRUNHILD

Porque muestras demasiada seguridad.

KRIEMHILD

Tengo derecho a ello.

BRUNHILD

No se hará la prueba y es dulce el soñar. Duerme, duerme, no te despertaré.

KRIEMHILD

¡Qué dices! Mi noble esposo es demasiado benigno para causar tanto dolor a los administradores de sus reinos; si no, hace ya tiempo que de su espada habría forjado un cetro que se tendiera sobre toda la tierra, pues todos los países le están sometidos, y si alguno lo negara, yo se lo pediría inmediatamente para jardín de flores.

BRUNHILD

¿Qué sería entonces el mío, Kriemhild?

KRIEMHILD

Es mi hermano y se le impone el sello del valor; valga lo que valga, no se le pesa.

BRUNHILD

No, pues él en persona es el peso del mundo, y así como el oro determina el precio de las cosas, así él el valor de los guerreros y de los héroes. No has de contradecirme, querida niña; en cambio te escucharé con paciencia si me muestras cómo se maneja la aguja.

KRIEMHILD

¡Brunhild!

BRUNHILD

Puedes creer que no lo dije por mofa; querría saberlo, y no es tan natural como arrojar la lanza, para lo cual no necesité de maestro, ni tampoco para andar o estar de pie.

KRIEMHILD

Podemos empezar en seguida si quieres, y ya que lo que más te gusta es producir heridas, comencemos con el bordado; aquí tengo una muestra. (*Quiere sacar el cinturón.*) No, me equivoco.

BRUNHILD

Ya no miras como solías a la hermana; tampoco es muy amable que me retires la mano que tan amorosamente te había cogido, antes de que yo la suelte; nuestra costumbre, por lo menos, requiere lo contrario. ¿No puedes olvidar que el cetro con que sueñas ha sido dado a la mano de tu hermano? Pues debías consolarte como hermana, ya que la gloria del hermano es en mitad tuya; además, pienso yo, tenías que concederme antes que nadie el honor que no podía ser para ti, ya que ninguna ha pagado por él el precio que yo.

KRIEMHILD

Veo cómo se venga todo lo contranatural: has resistido al amor como ninguna; ahora, como castigo, te hace doblemente ciega.

BRUNHILD

¡Hablas de ti y no de mí! No hay ningún motivo para disputar. Lo sabe todo el mundo. Antes de que yo naciera estaba dispuesto que sólo debía vencerme el fuerte de los fuertes.

KRIEMHILD

Sí, lo creo con gusto.

BRUNHILD

Y sin embargo... (KRIEMHILD *se rie.*) Entonces estás loca. ¿Tanto miedo tienes de que seamos demasiado duros con los vasallos? ¡No tengas cuidado! No planto ningún jardín de flores, y hasta si no eres demasiado terca sólo una vez te pediré la preeminencia; sólo hoy, sólo aquí en la catedral, y nunca más.

KRIEMHILD

Cierto que no te la habría negado; pero ya que se trata del honor de mi esposo, no cederé ni un paso.

BRUNHILD

Ya te lo ordenará él mismo.

KRIEMHILD

¿Osas ultrajarlo?

BRUNHILD

En mi castillo cedió el puesto a tu hermano, como un vasallo a su señor, y rechazó el saludo que le ofrecí. Lo encontré natural, ya que le tuve por un servidor—él mismo se llamó así—; pero ahora me parece otra cosa.

KRIEMHILD

¿Qué?

BRUNHILD

He visto al lobo hacerse a un lado ante un oso, o el oso ante un uro. Es vasallo, aunque no haya prestado juramento.

KRIEMHILD

¡No sigas!

BRUNHILD

¿Quieres amenazarme? No olvidas quién eres, hija mía. Yo estoy serena. Estalo tú también. Tenía que haber algún motivo.

KRIEMHILD

Lo había. Y te horrorizarías si lo sospecharas.

BRUNHILD

¡Me horrorizaría!

KRIEMHILD

Sí. Te horrorizarías. Pero no temas. Aun ahora

te amo demasiado para ello; jamás podré odiarte de tal modo que te diga el motivo. Si a mí me hubiera ocurrido, en esta misma hora estaría cavándome la fosa con mis propias manos. No, no. No quiero hacerte la más miserable criatura de las que respiran en toda la tierra. Sé orgullosa e insolente; yo seré muda por compasión.

BRUNHILD

Fanfarroneas, Kriemhild, y te desprecio.

KRIEMHILD

Despreciarme la manceba de mi esposo.

BRUNHILD

¡Encadenadla! ¡Atadla! ¡Está loca furiosa!

KRIEMHILD

(Saca el cinturón.) ¡Conoces este cinturón?

BRUNHILD

¡Sí! Es el mío, y ya que lo veo en ajenas manos tiene que haber sido robado durante la noche.

KRIEMHILD

¡Robado! Pues no me lo dió ningún ladrón.

BRUNHILD

¿Quién si no?

KRIEMHILD

El hombre que te ha domado. Pero no mi hermano.

BRUNHILD

¡Kriemhild!

KRIEMHILD

A éste lo habrías degollado, marimacho, y acaso después, como castigo, te habrías enamorado del muerto. Me lo dió mi esposo.

BRUNHILD

No, no.

KRIEMHILD

Así es. Sigue ahora rebajándolo. ¿Me permites ahora que entre en la catedral antes que tú? (*A sus mujeres.*) Seguidme. He de mostrarle lo que me es lícito. (*Vase a la catedral.*)

ESCENA SEPTIMA

BRUNHILD

¿Dónde están los señores de Burgundia?... ¡Oh, Frigga! ¿Lo has oído?

FRIGGA

Lo he oído y lo creo.

BRUNHILD

Me matas. ¿Habrás sido así?

FRIGGA

Cierto que dijo demasiado; pero de lo que estoy segura es de que eres engañada.

BRUNHILD

¿No miente?

FRIGGA

Fué él el que blandía la Balmung. Estaba a la orilla del lago cuando se apagó.

BRUNHILD

Entonces me desdeñó, pues yo estaba entre las almenas y tenía que verme. Dé fijo que ya estaba prendado de ésta.

FRIGGA

Y para que sepas lo que se te robó, te digo que te engañé.

BRUNHILD

(Sin prestarle atención.) De ahí la orgullosa calma con que me contempló.

FRIGGA

No sólo este estrecho país, la tierra entera estaba destinada a ser propiedad tuya; también debían hablarte las estrellas, y hasta a la muerte debía serle arrebatado su señorío sobre ti.

BRUNHILD

No me digas nada de eso.

FRIGGA

¿Por qué? Ciertamente que no puedes volver a conquistártelo de nuevo, pero puedes vengarte, hija.

BRUNHILD

¡Y me vengaré! ¡Despreciada! Mujer, mujer, si te has reído de mí una sola noche entre sus brazos, vas a llorar muchos años por ello. Quiero... ¡Qué digo! ¡Soy tan débil como ella! (*Se precipita sobre el pecho de FRIGGA.*)

ESCENA OCTAVA

Entran GUNTHER, HAGEN, DANKWART, RUMOLT, GERENOT, GISELHER y SIEGFRIED.

HAGEN

¿Qué pasa aquí?

BRUNHILD

(*Irguiéndose orgullosa.*) ¿Soy una manceba, rey?

GUNTHER

¿Una manceba?

BRUNHILD

Tu hermana me llama así.

HAGEN

(*A FRIGGA.*) ¿Qué ha ocurrido?

FRIGGA

¡Estáis descubiertos! Ahora conocemos al vencedor, y hasta dice Kriemhild que lo fué dos veces.

HAGEN

(A GUNTHER.) ¡Ha charlado! (*Habla en secreto con él.*)

ESCENA NOVENA

Mientras tanto KRIEMHILD ha salido de la catedral.

KRIEMHILD

Perdóname, esposo mío. No hice bien; pero ¡si tú supieras cómo te ha infamado!...

GUNTHER

(A SIEGFRIED.) ¿Te has jactado de ello?

SIEGFRIED

(*Pone la mano sobre la cabeza de KRIEMHILD.*)
Por su vida que no lo he hecho.

HAGEN

Se lo creo sin juramento. No ha dicho mas que la verdad.

SIEGFRIED

Y aun ésta no sin necesidad.

HAGEN

No lo dudo. De cómo fué trataremos otra vez. Ahora separa a las mujeres, que aun podrían volver a enderezarse los dientes de la serpiente si se miran a los ojos demasiado pronto.

SIEGFRIED

En seguida me iré de aquí. Ven, Kriemhild.

KRIEMHILD

(A BRUNHILD.) Si consideras lo gravemente que me habías irritado, también tú... (BRUNHILD se vuelve de espaldas.)

KRIEMHILD

Tú amas a mi hermano. ¿Puedes censurar el medio con que te hizo suya?

BRUNHILD

¡Oh!

HAGEN

¡Fuera! ¡Fuera!

SIEGFRIED

(Llevándose a KRIEMHILD.) No ha habido aquí charlas vanas; ya lo veréis. (Vanse.)

ESCENA DECIMA

HAGEN

Colocaos ahora a mi alrededor y constituid en el acto el tribunal que ha de juzgar al reo.

GUNTHER

¿Qué dices?

HAGEN

¿Falta motivo? Allí está la reina y derrama las ardientes lágrimas que le arranca su afrenta. (A BRUNHILD.) Tú, noble espejo de héroes; tú, criatura única, ante la cual también yo me inclino gustoso, el hombre que te hizo tal cosa tiene que morir.

GUNTHER

¡Hagen!

HAGEN

(A BRUNHILD.) Tiene que morir si tú misma no te interpones entre tu vengador y él.

BRUNHILD

No volveré a comer hasta que hayáis ejecutado la sentencia.

HAGEN

Dispensa, rey, que haya hablado antes que tú; sólo quería mostrarte la situación, pero siempre

puedes decidir libremente; te queda la elección entre ella y él.

GISELHER

Pero ¿es en serio todo esto? ¿Por una pequeña falta queréis asesinar al hombre más fiel de la tierra? Di que no, rey y hermano mío.

HAGEN

¿Queréis criar bastardos en vuestra Corte? Dudo de si los altaneros burgundios querrán coronarlos. Pero tú eres el señor.

GERENOT

Ya los dominará el valiente Siegfried no bien se subleven si no lo logramos nosotros mismos.

HAGEN

(A GUNTHER.) ¿Callas? Bien. Lo demás es cosa mía.

GISELHER

Me aparto de vuestro sangriento consejo. (*Vase.*)

ESCENA UNDECIMA

BRUNHILD

Frigga, mi vida o la suya.

FRIGGA

La suya, hija.

BRUNHILD

No sólo fuí despreciada; fuí regalada, y hasta se traficó conmigo.

FRIGGA

Sí, hija, se traficó contigo.

BRUNHILD

Demasiado mala para ser su esposa, fuí la vil moneda con que adquirió una.

FRIGGA

La vil moneda, hija.

BRUNHILD

Esto es aun peor que un asesinato, y por ello pido venganza. ¡Venganza! ¡Venganza! (*Vanse todos.*)

ACTO CUARTO

Worms.

ESCENA PRIMERA

Pórtico. GUNTHER con sus guerreros. HAGEN trae un venablo.

HAGEN

A una hoja de tilo tiene que acertarle hasta un ciego. Me atrevo a abrir una nuez a cincuenta pasos con este venablo.

GISELHER

¿Por qué sacas a relucir ahora esas habilidades? Ha tiempo que sabemos que a ti no se te enmohece nada.

HAGEN

¡Viene! Mostradme ahora que sabéis mirar sombríamente y que podéis torcer el semblante aunque no se os haya muerto vuestro padre.

ESCENA SEGUNDA

Entra SIEGFRIED.

SIEGFRIED

¡Eh, guerreros! ¡No oís aullar los sabuesos y ensayar su cuerno de caza al montero más joven? ¡Arriba! ¡Afuera! ¡A caballo!

HAGEN

El día será hermoso.

SIEGFRIED

¿Y no os fué dicho que los osos se atreven a acercarse a las cuadras y que las águilas se plantan ante la puerta de las casas, cuando las abren por la mañana, para ver si sale saltando algún niño?

VOLKER

Sí, ya ha sucedido.

SIEGFRIED

Mientras fuimos a cortejar se cazó mal aquí. Venid, rechacemos juntos al audaz enemigo y diezmémosle.

HAGEN

Amigo mío, tenemos que afilar las espadas y aguzar las lanzas.

SIEGFRIED

¿Para qué?

HAGEN

En estos últimos días has acariciado demasiado; si no, ya lo sabrías desde hace tiempo.

SIEGFRIED

Me preparo para marcharme, como sabéis. Pero decid ¿qué ocurre?

HAGEN

Los daneses y sajones se han puesto otra vez en camino.

SIEGFRIED

¿Se han muerto, pues, los príncipes que nos juraron fidelidad?

HAGEN

¡Oh no! Están al frente de sus fuerzas.

SIEGFRIED

¿Ludegast y Ludeger a quien hice prisioneros y dejé en libertad sin rescate?

GUNTHER

Ayer se retractaron.

SIEGFRIED

¿Y en cuántos pedazos habéis partido a su mensajero? ¿Ha recibido cada buitre su parte?

HAGEN

¿Eso dices tú?

SIEGFRIED

Quien sirve a tales serpientes tiene que ser pisoteado como ellas. ¡Muerte y condenación! Ahora, por primera vez en mi vida, siento la cólera. Ya muchas veces he creído odiar, pero me equivocaba; era que amaba menos. No puedo odiar sino la deslealtad, la traición, la hipocresía y todos los cobardes vicios sobre los que se arrastran como la araña sobre sus tenues patas. ¿Es posible que unos hombres valerosos, pues lo eran, puedan mancharse de este modo? Queridos primos, no os estéis tan fríamente en torno a mí mirándome como si fuera un loco furioso o confundiera lo grande y lo pequeño. Hasta ahora ninguno de nosotros hemos sido ofendidos. Tachad tranquilamente la cuenta menos esta última partida; sólo estos dos son culpables.

GISELHER

Es infame; aun me suena en los oídos cómo te alababan. ¿Cuándo estuvo aquí el mensajero?

HAGEN

¿Tampoco tú lo has visto? ¡Vamos! Se fué trotando a toda prisa así que hubo terminado y no esperó por el pan del mensajero.

SIEGFRIED

¡Oh! ¡Qué asco! ¡Ojalá que le hubierais casti-

gado por su descaro! Un cuervo le habría sacado los ojos para ir a escupirlos despreciativamente delante de sus señores: esa era la única respuesta digna de nosotros. Según derecho y costumbre, no se trata aquí de ninguna contienda ni combate: se trata de una cacería de bestias dañinas. ¡Hagen, no te sonrías! Debíamos armarnos con hachas de verdugos en vez de nuestras nobles espadas, y hasta no emplear éstas, ya que son de hierro y, por lo tanto, parientes de la espada, mas que cuando no nos bastara con las cuerdas para prender a los perros.

HAGEN

¡Muy verdad!

SIEGFRIED

Te burlas de mí, según parece. No lo comprendo, ya que otras veces te inflamabas tan fácilmente. Bien sé que eres más viejo que yo; pero ahora no habla en mí la juventud ni el enojo, ya que fui yo quien os aconsejó el ser benignos. Me parece que estoy aquí como representando a toda la humanidad, y lo mismo que la campana a la oración, mi lengua convoca a juicio y venganza a todo lo que sea trato y convenio del hombre con el hombre.

GUNTHER

Así es.

SIEGFRIED

(A HAGEN.) ¿Conoces la deslealtad, la traición? Mírales a la cara y a ver si te sonríes después. Te

pones frente a ellas en lucha franca y leal y las derribas por tierra. Pero harto orgulloso, si no harto noble, para exterminarlas, vuelves a darles libertad y hasta les tiendes las armas que perdieron en su pelea contigo. No las rechazan rechinando los dientes, sino que te dan las gracias, hasta te glorifican y ensalzan, y con mil juramentos juran ser tus vasallos: pero cuando tú, con toda la miel aún en los oídos, te echas cansado sobre el lecho y yaces en él, desnudo e indefenso como un niño, entonces se acercan furtivamente y te asesinan, y acaso escupan sobre ti mientras falleces.

GUNTHER

(A HAGEN.) ¿Qué dices a esto?

HAGEN

(A GUNTHER.) Esta noble cólera me da valor para preguntar a nuestro amigo si quiere volver a acompañarnos.

SIEGFRIED

Yo voy sólo con mis nibelungos, pues yo soy el culpable de que vuelva a presentarse este trabajo. Por mucho gusto que tuviera en presentarle mi mujer a mi madre y recibir por primera vez de ella un elogio completo, no puedo hacerlo mientras esos hipócritas aun tengan hornos en que cocer el pan y pozos de que beber. En seguida revocaré las órdenes dadas para el viaje, y os prometo

que los traeré vivos y en lo futuro estarán presos con cadenas delante de mi castillo, y ladrarán cada vez que yo entre o salga, ya que sólo tienen almas de perros. (*Sale apresurado.*)

ESCENA TERCERA

HAGEN

De fijo que en su furor corre al encuentro de su esposa; así que haya él terminado seguiré yo sus pasos.

GUNTHER

No quiero ir más adelante.

HAGEN

¿Qué dices, rey?

GUNTHER

Haz que vengan nuevos mensajeros que nos anuncien que todo vuelve a estar tranquilo.

HAGEN

Eso será tan pronto como yo haya hablado con Kriemhild y posea el secreto.

GUNTHER

Pero ¿son de hierro tus entrañas para que no te conmuevas con esto?

HAGEN

Habla claro, señor; no puedo comprenderte.

GUNTHER

No debe morir.

HAGEN

Vivirá mientras que tú lo ordenes. Y aunque ya estuviera en el bosque, detrás de él, con la lanza levantada, si haces una seña se la arrojó a un venado en vez de al criminal.

GUNTHER

No es ningún criminal. ¿Tiene él la culpa de haberse llevado consigo el cinturón y de que lo encontrara Kriemhild? Si se le ha caído, como una flecha que quedó clavada por haber olvidado el sacudirse después del combate y cuya presencia sólo se nota por su retiñir, dime tú mismo, decidlo todos, ¿tiene él la culpa?

HAGEN

¡No, no! ¿Quién lo dice? Tampoco tiene la culpa de que le faltara ingenio para disculparse; de fijo que ya se habrá puesto colorado sólo con intentarlo.

GUNTHER

Pues entonces ¿qué queda?

HAGEN

¡El juramento de la reina!

GISELHER

Que lo mate ella misma si está sedienta de sangre.

HAGEN

Reñimos como los niños. ¿No es, pues, lícito reunir armas aunque no se sepa si se llegará jamás a necesitar de ellas? ¿Se exploran todos los desfiladeros de un país y por qué no a un héroe? Yo probaré ahora mi fortuna con Kriemhild, aunque sólo sea para que el bello ardid que hemos imaginado no haya sido inventado en balde. No me revelará nada, si él no se lo ha confiado, y depende totalmente de vosotros el aprovechar lo que yo haya sabido; si os place, podéis hacer en la realidad lo que yo no quiero más que fingir y cubrirle en la guerra el sitio por donde es mortal; pero para eso siempre tenéis que saber dónde se encuentra. (*Vase.*)

ESCENA CUARTA

GISELHER

(*A GUNTHER.*) Has vuelto a la nobleza y generosidad por ti mismo, si no te diría: Ese juego no es propio de un rey.

VOLKER

Fácilmente se comprende tu cólera; también tú fuiste engañado.

GISELHER

No es por eso. Pero no quiero disputar contigo. Todo está ya arreglado.

VOLKER

¿Cómo?

GISELHER

¿Preguntas cómo?

VOLKER

Oí decir que la reina va vestida de luto y rechaza alimentos y bebidas, hasta el agua.

GUNTHER

¡Por desgracia, sí!

VOLKER

Pues ¿cómo decís que está arreglado? Lo que dijo Hagen es verdad. La cuestión no parece ser como esas otras que se derriten con el soplo del tiempo, y, por lo tanto, subsiste la alternativa: ella o él. Cierto que tienes razón en decir que él no es culpable, que ese cinturón se asió a él como una serpiente; sí, es una pura desgracia, pero esta desgracia mata y sólo tú puedes decidir a quién ha de matar.

GISELHER

¡Que muera la que no quiere vivir!

GUNTHER

La elección es espantosa.

VOLKER

Ya te lo advertí antes de que entraras por ese camino; ahora alcanzas la meta.

DANKWART

Y según nuestro derecho, ¿no tiene que responder cada cual de la desgracia que ocasiona? El que por la noche traspasa con la lanza a su mejor amigo porque la llevaba con descuido, no se redime con sus lágrimas; por muy ardientes y rápidas que le broten, lo paga con su sangre.

GUNTHER

Voy un momento a verla. (*Vase.*)

ESCENA QUINTA

VOLKER

Allí viene Hagen con Kriemhild. Totalmente azorada como lo esperaba él. Vámonos también nosotros. (*Vanse todos.*)

ESCENA SEXTA

Entran HAGEN y KRIEMHILD.

HAGEN

¿Tan temprano y ya en el pórtico?

KRIEMHILD

Tío, no puedo estar más tiempo allá dentro.

HAGEN

Si no me equivoco, tu marido acaba de salir de tu lado. Muy enardecido como si estuviera colérico. ¿Aún no se ha restablecido la paz entre vosotros? ¿Acaso pretende abusar de sus derechos de varón? Dímelo y hablaré con él.

KRIEMHILD

¡Oh, no! Si otras cosas no me recordaran aquel mal día, sería ya como un sueño para mí: mi esposo me ha evitado el que tuviera que decir ni una sola palabra acerca de ello.

HAGEN

Me alegra que sea tan benigno.

KRIEMHILD

Hubiera preferido que me riñera, pero puede que sepa que ya yo misma me reprendo.

HAGEN

No muy duramente.

KRIEMHILD

Sé lo grave que fué mi ofensa, y nunca me la perdonaré; sí, preferiría haber soportado todo antes de hacer lo que hice.

HAGEN

¿Y es eso lo que tan temprano te saca de tu cámara?

KRIEMHILD

¿Eso? ¡No! Más bien me impulsaría a meterme en ella. Me atormenta el miedo por mi esposo.

HAGEN

¿Miedo por él?

KRIEMHILD

Vuelve a haber guerra.

HAGEN

Sí, es verdad.

KRIEMHILD

¡Esos traidores! ¡Esos granujas!

HAGEN

No te enfades tanto por ser interrumpida al hacer tus equipajes. Sigue tranquilamente con ellos

y no te dejes estorbar en tu tarea. Después, pon la coraza encima de todo. Pero ¡qué digo! ¡Ni una sola vez la usa, ni la necesita para nada!

KRIEMHILD

¿Lo crees así?

HAGEN

Si casi es para reírse. Si otra mujer lloriqueara de ese modo le diría: «Hija mía, de mil flechas sólo una llega hasta él, y ésa se rompe.» Pero de ti tengo que mofarme y aconsejarte. ¡Busca un tema menos ridículo!

KRIEMHILD

Hablas de flechas. Las flechas son precisamente lo que yo temo tanto. Una punta de flecha, para clavarse, sólo necesita, cuando más, un espacio como la uña de mi dedo pulgar y, sin embargo, mata.

HAGEN

Especialmente si se la ha envenenado, y estos salvajes, que cortan un dique tras el cual hemos edificado todo y que hasta en la guerra respetamos sagradamente, son tan capaces de una cosa como de la otra.

KRIEMHILD

¿Ves?

HAGEN

¿Qué le importa eso a tu Siegfried? El está seguro. Y si hubiera flechas que alcanzaran con más

seguridad su meta que los rayos del sol, se las sacudiría como nosotros la nieve. También él lo sabe, y la conciencia de ello no le abandona un único momento durante el combate. Así se atreve a cosas que a nosotros, que tampoco hemos nacido entre trémulos álamos, casi nos hacen temblar. Si lo nota, se ríe, y nosotros reímos de todo corazón con él. El hierro puede penetrar en el fuego con toda tranquilidad. Sale de él como acero.

KRIEMHILD

¡Me horrorizo!

HAGEN

Hija, hace demasiado poco tiempo que estás casada; si no, me divertiría que fueras tan asustadiza.

KRIEMHILD

¿Has olvidado o no sabes, aunque, sin embargo, es cosa que anda ya en canciones, que hay en él un punto vulnerable?

HAGEN

Lo había olvidado por completo, es verdad. Pero sí, lo sé; él mismo nos habló de ello. Era no sé qué de una hoja, pero en vano me pregunto de qué se trataba.

KRIEMHILD

De una hoja de tilo.

HAGEN

¡Eso es! Pero di: ¿cómo ha podido dañarle una hoja dé tilo? Ese es un enigma como no hay otro.

KRIEMHILD

Una rápida ráfaga de viento la arrojó sobre él cuando se untaba con la sangre del dragón, y allí donde le quedó pegada tiene su punto débil.

HAGEN

Le habrá caído por la espalda, ya que no lo notó. ¡Qué importa! Ya ves que tus más próximos parientes, hasta tu hermano, que le protegerían sólo con que le rozara la sombra de un peligro, ni siquiera conocen el sitio por donde es mortal. ¿Qué temes? Te martirizas por nada.

KRIEMHILD

Temo a las valquirias. Se dice que escogen siempre los mejores guerreros, y apuntando ellas da en el blanco un tirador ciego.

HAGEN

Pues entonces necesitaría un fiel escudero que le cubriera las espaldas. ¿No te parece?

KRIEMHILD

Yo dormiría mejor.

HAGEN

Oyeme, Kriemhild. Si tu esposo—ya sabes que estuvo a punto—se cayera al Rin desde la insegura lancha y las armas lo arrastraran hacia los ávidos peces, yo lo salvaría o perecería con él.

KRIEMHILD

¿Piensas tan noblemente, tío?

HAGEN

Sí. Así pienso... Y si el rojo gallo del incendio se posara sobre su castillo en una obscura noche, y él, ya medio asfixiado antes de despertar, no encontrara el camino que conduce al aire libre, lo sacaría afuera con mis brazos, y si no lo lograba, seríamos dos los carbonizados.

KRIEMHILD

(Quiere abrazarlo.) Tengo que...

HAGEN

(Apartándola.) ¡Deja! Juro que lo haría, y sólo agreego: desde hace poco tiempo.

KRIEMHILD

Desde hace poco tiempo ha emparentado contigo. ¿Te he comprendido bien? ¿Querías ser tú, tú mismo?...

HAGEN

Eso pensaba. Sí. El combate por mí y me cede el más pequeño de los mil milagros que realiza en cuanto desenvaina; pero yo lo custodio.

KRIEMHILD

Jamás lo habría esperado de ti.

HAGEN

Sólo tienes que señalarme el sitio para que pueda hacerlo.

KRIEMHILD

Sí, es verdad. Aquí. En el medio, entre las dos espaldillas.

HAGEN

¡A la altura del blanco!

KRIEMHILD

Tío, ¡vosotros no pensaréis vengar en él lo que yo sola he cometido!

HAGEN

¿Qué sueñas?

KRIEMHILD

Fueron los celos los que me cegaron; si no no me habrían encolerizado tanto las fanfarronadas de Brunhild.

HAGEN

¡Los celos!

KRIEMHILD

Me da vergüenza. Pero aunque aquella noche no haya habido mas que golpes, así quiero creerlo, ni los golpes de sus puños quiero que sean para ella.

HAGEN

Bueno, bueno; ya lo olvidará.

KRIEMHILD

¿Es verdad que no come ni bebe?

HAGEN

Ayuna siempre en esta época. Es la semana de las nornas, que aun se respeta en Islandia.

KRIEMHILD

Hace ya tres días.

HAGEN

¿Qué nos importa? ¡Ni una palabra más! Alguien viene.

KRIEMHILD

¿Y?...

HAGEN

¿No te parece bien bordarle una fina cruz al traje? Cierto que todo ello es una necedad y se burlaría duramente de ti si se lo contaras; pero ya que soy su guardián, quisiera no faltar en nada.

KRIEMHILD

Así lo haré. (*Va al encuentro de UTE y el CAPELLÁN.*)

ESCENA SEPTIMA

HAGEN

(*Mirando hacia ella.*) ¡Tu héroe, ahora, ya no es mas que una pieza de caza para mí! Si hubiera gobernado su lengua estaría seguro, pero ya sabía yo que no habría ocurrido así. Cuando se es transparente como un insecto, que parece rojo o verde según lo que haya comido, hay que guardarse de secretos que son divulgados hasta por las mismas entrañas. (*Vase.*)

ESCENA OCTAVA

Entran UTE y el CAPELLÁN.

CAPELLÁN

¡No hay imagen para ello en este mundo! Vosotras queréis comparar, queréis comprender; pero aquí se carece de señales lo mismo que de medidas. Postraos en oración ante Dios, y si con contrición y humildad os perdéis a vosotros mismos, entonces quizá, aunque no sea por más tiempo del que se detiene el rayo en la tierra, seréis elevados en éxtasis hasta el cielo.

UTE

¿Puede ocurrir eso?

CAPELLÁN

San Esteban, cuando lo apedreaba el pueblo judío en su terrible cólera, vió ya abiertas las puertas del paraíso y gritaba y cantaba de alegría. Apedreaban su pobre cuerpo; pero para él era como si todos aquellos asesinos, que en su ciego furor pensaban herirle, sólo abrieran agujeros en el vestido que le habían quitado.

UTE

(A KRIEMHILD, que se ha unido a ellos.) ¡Fíjate bien, Kriemhild!

KRIEMHILD

Ya lo hago.

CAPELLÁN

Era la fuerza de la fe. Sabed también ahora la maldición de la duda. Pedro, que lleva la espada de la Iglesia y sus llaves, educó a un discípulo a quien amaba sobre todos. Una vez se encontraba éste encima de una peña, rodeada por el mar feroz que mugía y le azotaba. Entonces pensó en la confianza con que su señor y maestro había abandonado la nave a la primera indicación de nuestro Salvador y con firme paso había avanzado sobre el mar, que lo amenazaba con segura muerte. Apoderóse un vértigo de él al pensar en esta prue-

ba, y el milagro le pareció tan imposible, que se agarró a un pico de la roca, sólo para no caer, y exclamaba: «¡Todo, todo, pero eso no!» Entonces sopló el Señor y la piedra se fundió de pronto bajo sus pies; se hundía, se hundía, parecía perdido y se lanzó a las libres ondas de puro miedo y horror. Pero el mar, herido por el mismo soplo del Eterno, se había solidificado, lo sostuvo como la tierra a mí y a vosotras y dijo arrepentido: «¡Señor, tuyo es el Reino!»

UTE

Por toda la eternidad.

KRIEMHILD'

Ora entonces, padre piadoso, para que El, que trasmuta así la piedra y el agua, proteja también a mi Siegfried. Por cada año que me sea dado estar a su lado edificaré el altar de un santo. (*Vase.*)

CAPELLÁN

Te asombras del milagro. Pues permíteme que te refiera cómo llegué a vestir los hábitos sacerdotales. Soy de la raza de los anglos y nací como pagano en medio de un pueblo de paganos. Crecí silvestremente, y a los quince años ya llevaba ceñida la espada. Entonces apareció entre nosotros el primer mensajero de Dios. Fué escarnecido, befado, y, por último, muerto. Reina, yo estaba presente, e, impulsado por los otros, con esta mano,

que no uso desde entonces aunque el brazo no esté impedido como creéis vosotros, le di el último golpe. Entonces oí su oración. Oraba por mí, y con el amén dió el espíritu. Esto me transformó el corazón dentro del pecho. Arrojé al suelo mi espada, me envolví en sus hábitos, salí fuera del país y prediqué la cruz.

UTE

Allí viene mi hijo. ¡Oh, si te fuera dado devolvernos la paz que huyó de aquí por completo!
(*Vanse ambos.*)

ESCENA NOVENA

Entra GUNTHER con HAGEN y los otros.

GUNTHER

Como os lo he dicho: cuenta con el hecho lo mismo que nosotros con las manzanas cuando ha llegado el otoño. La vieja, para excitarla, ha esparcido calladamente por su habitación cien granos de trigo: están intactos.

GISELHER

¿Cómo es posible que oponga así una vida contra otra?

HAGEN

Yo mismo podría preguntarlo.

GUNTHER

Y junto con eso, nada de hostigar y apurar, como sería natural, en cosas que dependen del lugar, el tiempo y la voluntad humana; ninguna pregunta, ningún cambio en sus facciones, sólo el asombro de que se abra la boca y no sea para anunciarle: ¡Está realizado!

HAGEN

Entonces te digo una cosa: está bajo el poder de un encanto de Siegfried, y este odio tiene su fundamento en el amor.

GUNTHER

¿También tú lo crees?

HAGEN

Pero no es un amor como el que enlaza al hombre con la mujer.

GUNTHER

¿Pues entonces?

HAGEN

Es un encanto por el cual quiere conservarse su raza, y que, sin placer, como sin elección, impulsa a la última giganta hacia el último gigante.

GUNTHER

¿En qué se muda la situación con ello?

HAGEN

Eso se resuelve con la muerte: la sangre de Brunhild se enfriará cuando se haya cuajado la de Siegfried: estaba destinado para matar el dragón y seguir después el camino que ha recorrido éste. (*Se oye un tumulto.*)

GUNTHER

¿Qué es eso?

HAGEN

Es que Dankwart echa fuera a los falsos emisarios. Lo hace bien ¿no es verdad? Lo oiré hasta quien esté ahora dando besos.

E S C E N A D E C I M A

Viene SIEGFRIED.

HAGEN

(*Al notarlo.*) ¡No, y diez veces no, por el infierno y el demonio! Sería una afrenta para nosotros; de fijo que Siegfried piensa como yo. Justamente allí viene. Habla, tú puedes decidirlo. (*Al entrar DANKWART.*) Cierto que tus palabras no modificarán ya ninguna cosa: la respuesta está dada. (*A DANKWART.*) Estoy seguro de que no has sido avaro del látigo. (*A SIEGFRIED.*) Pero de todos modos, pon tu firma en lo hecho.

SIEGFRIED

¿De qué se trata?

HAGEN

Los perros vuelven ahora a pedir la paz; pero hice echar del patio a los miserables antes de que hubieran acabado de hablar.

SIEGFRIED

¡Bien hecho!

HAGEN

Sin embargo, el rey me reprendió; dice que no se puede saber lo que ocurrirá...

SIEGFRIED

¡Que no se puede saber! ¡Ah!... ¡Yo si lo sé! Agarrad a un lobo por detrás, entonces os deja en paz por delante.

HAGEN

¡Así se hará!

SIEGFRIED

¡Qué otra cosa si no! Pululan a sus espaldas las razas salvajes que no siembran y que, sin embargo, quieren cosechar.

HAGEN

¿Lo veis ahora?

SIEGFRIED

No querréis andar en miramientos con el lobo

porque en ese momento le falte tiempo para guardarse...

HAGEN

¡Cierto que no!

SIEGFRIED

Ayudemos a los zorros y echémoslo a la última madriguera; quiero decir, al estómago de los otros.

HAGEN

Hagámoslo así, pero no parece necesario que nos acaloremos; por eso aconsejo una cacería para hoy.

GISELHER

No voy con vosotros.

GERENOT

Ni yo tampoco.

SIEGFRIED

¿Sois jóvenes y audaces y preferís quedar en casa a una cacería? A mí habrían tenido que atarme, y aun así habría roído las ataduras. ¡Oh placer de la caza! ¡Si pudiera yo cantarte!

HAGEN

¿Estás conforme?

SIEGFRIED

¿Conforme? Amigo mío, estoy tan lleno de fu-

ria y rencor, que me pelearía con todo el mundo; por eso tengo que ver sangre.

HAGEN

¿Tienes que verla? ¡Tú también!

ESCENA UNDECIMA

Sale KRIEMHILD.

KRIEMHILD

¿Vais de caza?

SIEGFRIED

¡Sí! Encarga ya que dispongan el asador.

KRIEMHILD

Siegfried mío, no vayas.

SIEGFRIED

Hija mía, no es demasiado pronto para que sepas una cosa: a un hombre no se le suplica: no vayas; se le pide: llévame contigo.

KRIEMHILD

Pues llévame contigo.

HAGEN

No va a ser posible.

SIEGFRIED

¡Por qué no? ¡Si se atreve? No será la primera vez. ¡Venga el halcón! Para ella lo que vuela; para nosotros lo que corre y salta. Ese es el placer mejor.

HAGEN

La una llena de vergüenza en su cámara, la otra de caza en el bosque. Sería como una mofa.

SIEGFRIED

No había pensado en ello. Cierto; no puede ser.

KRIEMHILD

Pues cambia por lo menos de traje.

SIEGFRIED

¡Otra vez? Satisfago cada uno de tus deseos, pero no tus caprichos.

KRIEMHILD

Eres duro conmigo.

SIEGFRIED

¡Déjame ir! El aire se lo lleva todo, y mañana por la noche te pediré perdón.

HAGEN

Pues venid.

SIEGFRIED

Muy bien. Ahora nada más que el beso de despedida. (*Abraza a KRIEMHILD.*) ¿No te resistes? ¿No dices como yo, mañana por la noche? Eso es noble.

KRIEMHILD

¡Que vuelvas!

SIEGFRIED

¡Raro deseo! ¿Qué te pasa? Salgo con buenos amigos, y si no se caen las montañas y nos entierran, no puede ocurrirnos nada.

KRIEMHILD

¡Ay de mí! ¡Precisamente lo que había soñado!

SIEGFRIED

Hija mía, están firmes.

KRIEMHILD

(*Abrazándole otra vez.*) ¡Sólo que vuelvas! (*Van-se los guerreros.*)

ESCENA DUODECIMA

KRIEMHILD

¡Siegfried!

SIEGFRIED

(*Vuelve a hacerse visible.*) ¿Qué es?

KRIEMHILD

Si no te enojaras...

HAGEN

(*Sigue vivamente a SIEGFRIED.*) Vamos ¿ya tienes tu rueca?

SIEGFRIED

(*A KRIEMHILD.*) Ya oyes que no es posible detener más tiempo a los perros. ¿Qué quieres que haga?

HAGEN

Espera por tu lino. Tienes que hilarlo a la luz de la luna con los elfos.

KRIEMHILD

¡Marchad! ¡Marchad! Sólo quería verte otra vez,
(*Vanse HAGEN y SIEGFRIED.*)

ESCENA DECIMOTERCERA

KRIEMHILD

No tendría valor para decírselo aunque lo volviera a llamar otras diez veces. ¿Cómo puede hacerse una cosa de que se arrepiente uno en seguida?

ESCENA DECIMOCUARTA

Entran GERENOT y GISELHER.

KRIEMHILD

¿Aún no habéis marchado? ¡Dios me los manda aquí! Queridos hermanos, permitid que os suplique con todo encarecimiento; cumplidme un deseo, aunque os parezca necio. Acompañad todos los pasos de mi señor y manteneos siempre a su espalda.

GERENOT

No vamos con ellos: no nos divierte.

KRIEMHILD

¿No os divierte?

GISELHER

¿Qué dices? ¡No tenemos tiempo! ¡Hay tanto que disponer para esa campaña!

KRIEMHILD

¿Y vuestra juventud está encargada de ello? Si os soy querida, si no habéis olvidado que nos crió la misma leche, cabalgad en su seguimiento.

GISELHER

Hace ya mucho que están en el bosque.

GERENOT

Y uno de tus hermanos está con ellos.

KRIEMHILD

¡Os lo suplico!

GISELHER

Tenemos que reconocer unas armas; ya lo verás.
(*Quiere irse.*)

KRIEMHILD

Pues decidme una sola cosa: ¿Es Hagen amigo de Siegfried?

GERENOT

¿Por qué no?

KRIEMHILD

¿Lo ha alabado alguna vez?

GISELHER

Alaba ya cuando no censura y jamás oí que lo censurara. (*Vanse ambos.*)

KRIEMHILD

Esto me atemoriza más que todo lo otro. ¡Estos dos no han ido!

ESCENA DECIMOQUINTA

Entra FRIGGA.

KRIEMHILD

Eh, vieja, ¿me buscas a mí?

FRIGGA

A nadie busco.

KRIEMHILD

¿Pues quieres algo para la reina?

FRIGGA

Tampoco. No necesita nada.

KRIEMHILD

¡Nada y siempre nada! ¿Es que no es capaz de perdonar?

FRIGGA

No lo sé. No tuvo motivos para mostrarlo. Jamás fué ofendida. Oí sonar cuernos; ¿es que hay caza hoy?

KRIEMHILD

¿La habrás dispuesto tú?

FRIGGA

Yo... No. (*Vase.*)

ESCENA DECIMOSEXTA

KRIEMHILD

¡Oh! ¡Si se lo hubiera dicho! Esposo querido, tú no has conocido mujer, ahora lo veo bien; pues si no jamás habrías confiado tal secreto a la trémula criatura que se hace traición por miedo. Aun oigo la broma con que me lo murmuraste al oído al alabar yo al dragón. Te hice jurar que no se lo revelarías a ningún otro y ahora... Vosotras, avecillas que me rodeáis con vuestros vuelos; vosotras, blancas palomas que me acompañáis, compadeceos de mí, avisádselo, volad tras él. (*Vase.*)

ACTO QUINTO

Selva de Oden.

ESCENA PRIMERA

*Entran HAGEN, GUNTHER, VOLKER, DANKWART
y servidores.*

HAGEN

Este es el sitio. ¿Oís murmurar la fuente? La maleza la cubre. Y si estoy aquí puedo atravesar con mi venablo a todo el que se abruce y beba entre las piedras.

GUNTHER

¡Aún no lo ordené!

HAGEN

Lo harás si reflexionas debidamente; no queda otro remedio y no se presentará otro día como el de hoy. Por eso, habla, o, si lo prefieres, cállate. *(A los servidores.)* ¡Hola! Aquí será el descanso. *(Los servidores disponen la comida.)*

LOS NIBELUNGOS.—T. I.

11

GUNTHER

¡Siempre lo has odiado!

HAGEN

No quiero negar que mi brazo se presta gustoso a hacerlo y que lucharía con cualquiera que tratara de ponerse entre él y yo; pero no por eso tengo por menos justo el acto.

GUNTHER

Y, sin embargo, me lo desaconsejaron mis hermanos y nos volvieron las espaldas.

HAGEN

Pero ¿tuvieron al mismo tiempo valor para avisar e impedirlo? Bien comprendieron que estábamos en nuestro derecho y sólo se horrorizaron, como conviene a su juventud, ante la sangre que no es derramada en franca lucha.

GUNTHER

Eso es.

HAGEN

Si él ha sobornado a la muerte ¿no ha ennoblecido el asesinato? (*A los servidores.*) Tocad el cuerno para que se reúnan todos, pues primero tenemos que comer. (*Tocan el cuerno.*) Toma las cosas como son y déjame hacer. ¿Es que tú no sientes la ofensa y quieres perdonar lo ocurrido?

Hazlo, pero no prohibas a tu servidor que ejecute la venganza y salve a tu heroica esposa. No quebrantará el juramento que pronunció si es defraudada en la muda confianza que depositó en nosotros de que la vengaremos, y toda la alegría de vivir que puede volver a despertarse en sus jóvenes venas, tan pronto como arroje sombra sobre ella la hora de la muerte, se resolverá en una maldición, en una última maldición contra ti.

GUNTHER

Aún es tiempo.

ESCENA SEGUNDA

Entra SIEGFRIED con RUMOLT y servidores.

SIEGFRIED

¡Aquí estoy! Eh, vosotros, cazadores, ¿dónde están vuestras obras? Las mías me seguían en un carro, pero se ha roto.

HAGEN

Hoy no doy caza más que al león, pero no lo encontré.

SIEGFRIED

Lo creo muy bien, yo mismo lo he matado... ¿Ponen aquí la mesa? Una tocata en honor de quien lo ha ordenado; ahora se nota que es necesario.

Malditos cuervos, ¿también aquí? Tocad los cuernos hasta que revienten. Arrojá a esa bandada toda suerte de bichos, hasta un zorro, por último, pero no se retiraron y, sin embargo, nada me repele más entre el fresco verde que ese color negro que recuerda al diablo. ¡Que no se han de juntar así en torno a mí las palomas! Supongo que también pasaremos aquí la noche.

GUNTHER

Pensábamos...

SIEGFRIED

Pues bien, el sitio está bien elegido. Allí se abre un tronco hueco. Ya desde ahora lo elijo para mí. Pues estoy acostumbrado a eso desde la niñez y no conozco nada mejor que pasar así una noche, entre sueño y vigilia, con la cabeza puesta entre la blanda madera descompuesta y contar las horas por los pájaros, según se van despertando sucesivamente uno después del otro. Tic, tic, tic. Ahora son las dos. Tuc, tuc. Hay que desperezarse. Quivit, quivit. El sol ya parpadea, al momento abrirá los ojos. Kikirikí. Alzaos de un salto si no queréis estornudar.

VOLKER

¡Cierto! Es como si el tiempo se despertara a sí mismo al avanzar a tientas por las tinieblas para darles el compás de su marcha. Pues con pausas regulares, como la arena se evade del vidrio y la

larga sombra del reloj de sol avanza arrastrándose, se suceden el gallo silvestre, el mirlo y el tordo y ninguno interrumpe al otro como de día, ni le seduce hacer irrupción antes de lo que le es permitido. Lo he observado muchas veces.

SIEGFRIED

¿No es verdad?... No estás alegre, cuñado.

GUNTHER

Sí, lo estoy.

SIEGFRIED

¡Oh, no! Ya tengo visto gentes que van a una boda y que caminan detrás de ataúdes y sé distinguir de semblantes. Haced como yo, proceded como si jamás nos hubiéramos conocido y nos hubiéramos encontrado por primera vez hoy en el bosque provistos uno de una cosa, el otro de otra. Entonces se reúne lo que poseen todos y se da con alegría de lo que se tiene para recibir de lo que se carece. Bueno, yo traigo carne de todas clases, y por un uro, cinco jabalíes, treinta o cuarenta ciervos y tantas perdices como podáis recoger, sin pensar en el león y los osos, dadme solamente una copa de fresco vino.

DANKWART

¡Ay de mí!

SIEGFRIED

¿Qué hay?

HAGEN

Quedó olvidada la bebida.

SIEGFRIED

Lo creo. Bien puede ocurrirle eso al cazador que, en lugar de lengua, lleva un carbón ardiente en la boca cuando llega la hora del descanso. Tendré que buscarla yo mismo como un perro, aunque por desgracia me falte su olfato; sea así, yo no descompongo ninguna broma. (*Busca.*) Aquí no está. Allí tampoco. Pues ¿dónde se esconde el barril? Te ruego, trovero, que me salves, pues si no, del hombre más bullicioso me convertiré en el más callado.

HAGEN

Bien podrá ocurrir, porque... no tenemos vino.

SIEGFRIED

Váyanse al diablo vuestras cacerías si no debo ser tratado como cazador. ¿Quién tenía que ocuparse de la bebida?

HAGEN

¡Yo!... Pero no supe adonde veníamos y la envié al Spessart, donde sospecho que faltarán tragaderos.

SIEGFRIED

¡Que te dé las gracias quien quiera! ¿Tampoco hay aquí, pues, ninguna agua? Tendrá que satis-

facerse uno con el rocío de la noche y lamer las gotas de las hojas.

HAGEN

Cállate primero y entonces te consolará el oído.

SIEGFRIED

(*Escuchando.*) Sí, murmura un arroyo. ¡Bienvenida corriente! Cierto que te prefiero cuando, en lugar de manar tan directamente de la peña y saltarme a la boca, haces un tortuoso rodeo a través de la copa, pues de tu viaje aportas muchas cosas que nos llenan la cabeza de alegre locura; pero también así seas alabada. (*Se acerca al manantial.*) Pero no; quiero castigarme y vosotros debéis dar testimonio de que lo he hecho. Soy el más sediento de todos y quiero beber el último, porque estuve un poco duro con Kriemhild.

HAGEN

Pues yo comienzo. (*Va al manantial.*)

SIEGFRIED

(*A GUNTHER.*) Alegra esa cara. Tengo un medio para aplacar a Brunhild; ya no estás lejos del primer beso, y quiero abstenerme como tú mismo.

HAGEN

(*Vuelve otra vez y se desarma.*) Hay que inclinarse mucho y no es posible así. (*Se va de nuevo.*)

SIEGFRIED

Kriemhild quiere pedirle perdón, antes de que nos marchemos, delante de todo el pueblo; me lo ha prometido espontáneamente; sólo que quiere partir con el sonrojo.

HAGEN

(*Vuelve otra vez.*) Fría como el hielo.

SIEGFRIED

¿Quién le sigue?

VOLKER

Comeremos primero.

SIEGFRIED

¡Está bien! (*Va hacia el manantial, pero vuelve otra vez.*) ¡Ah, sí! (*Se desarma y sale.*)

HAGEN

(*Señalando las armas.*) ¡Fuera con ellas! (DANKWART se lleva las armas. HAGEN, que ha cogido de nuevo las suyas, volviendo de continuo la espalda a GUNTHER, toma carrera y arroja su lanza.)

SIEGFRIED

(*Gritando.*) ¡Amigos!

HAGEN

¿Aún no te has callado? (*A los otros.*) ¡Ni una palabra, diga lo que diga!

-SIEGFRIED

(*Entra arrastrándose.*) ¡Me han matado! ¡Me han matado!... ¡Vosotros mismos? ¡Al beber! Gunther, Gunther, ¿merecí yo esto de ti? Te ayudé con riesgo de mi vida.

HAGEN

Cortad ramas de esos árboles. Necesitamos unas angarillas. Pero fuertes. Un hombre muerto pesa mucho. De prisa.

SIEGFRIED

Estoy perdido, pero aun no del todo. (*Se pone en pie con un violento esfuerzo.*) ¿Dónde está mi espada? ¡Se la llevaron! Si eres varón, Hagen, ¡una espada para el hombre muerto! Aun ahora te reto en desafío.

HAGEN

Tiene al enemigo en la boca y todavía lo anda buscando.

SIEGFRIED

Me muero gota a gota como un cirio que empezó a derretirse, y ese asesino me niega el arma que aun podría volver a darle alguna nobleza. ¡Uf, qué asco! Teme a mi dedo pulgar, pues ya no soy mas que mi dedo pulgar. (*Tropieza con su escudo.*) ¡Mi escudo! ¡Mi fiel escudo, contigo derribaré a ese perro! (*Se inclina para recogerlo, pero ya no puede alzarlo y vuelve a levantarse tambaleando.*) ¡Como si estuviera clavado! Es demasiado tarde hasta para esta venganza.

HAGEN

¡Ah! Si el charlatán deshiciera con los dientes, entre los cuales tanto tiempo pecó sin ser castigada, a la suelta lengua que aun sigue hablando, estaría ya vengado, pues ella sola es la que le trajo a este estado.

SIEGFRIED

¡Mientes! ¡Fué tu envidia!

HAGEN

¡Cállate! ¡Cállate!

SIEGFRIED

¿Amenazas al hombre muerto? ¿Tan bien acerté que otra vez vivo para ti? Desenvaina, pues ahora caigo ya por mí mismo, puedes escupirme en seguida como a un montón de polvo; ya estoy en tierra... (*Cae al suelo.*) ¡Ya estáis libres de Siegfried! Pero sabed que con él os habéis matado a vosotros mismos. ¿Quién confiará ya en vosotros? Os echarán los perros como quería hacerlo yo con el danés...

HAGEN

¡Este mentecato aun cree en nuestra estratagemas!

SIEGFRIED

Entonces ¿no era verdad? ¡Horrible! ¡Espantoso! ¿Puede un hombre mentir así?... ¡Bueno! ¡Entonces lo sois vosotros solos! Al maldecir, se os maldecirá siempre a vosotros, y se dirá: ¡Sapos,

víboras y burgundios! No, vosotros delante: ¡Burgundios, víboras y sapos! Todo está perdido para vosotros, el honor, la gloria, la nobleza, como lo estoy yo. Al crimen no se le ha puesto medida ni obstáculo; el brazo puede llegar hasta el corazón, pero de fijo que es su última acción. Mi mujer, mi pobre mujer llena de presentimientos, ¿cómo lo soportará? Si el rey Gunther piensa aún en practicar algún amor y fidelidad, que lo practique contigo... Pero mejor será que te vayas a casa de mi padre... ¿Me oyes, Kriemhild? (*Muere.*)

HAGEN

Ahora se calla, pero ya no tiene mérito.

DANKWART

¿Qué diremos?

HAGEN

¡Lo más tonto! Hablad de malhechores que lo mataron en la selva. Cierto que nadie lo creerá, pero pienso que tampoco habrá nadie que nos llame embusteros. Volvemos a estar en tal situación que nadie nos pedirá cuentas y somos como el fuego y el agua. Si el Rin trata de buscar disculpa porque se ha desbordado o un incendio por que ha estallado, entonces también nosotros nos atormentaremos. Tú, rey mío, no has ordenado nada, me acuerdo muy bien de ello: yo soy el único responsable. Ahora, ¡fuera con él! (*Vanse todos con el cadáver.*)

ESCENA TERCERA

Habitación de KRIEMHILD. Altas horas de la noche.

KRIEMHILD

Aun es demasiado temprano; me despertó mi propia sangre y no el gallo a quien creí oír tan claramente. (*Se acerca a la ventana y abre una de las maderas.*) Aun no se extinguió ninguna estrella, de fijo que aun no es hora de misa. Anhele hoy la oración en la catedral.

ESCENA CUARTA

Entra UTE calladamente.

UTE

¿Ya levantada, Kriemhild?

KRIEMHILD

Eso me extraña de ti, que no sueles dormirte sino hacia la mañana y confías en tu materno derecho a ser despertada por tu hija como en otro tiempo lo fué ella por ti.

UTE

Hoy no pude; había demasiado ruido.

KRIEMHILD

¿También tú lo has notado?

UTE

Sí; como de hombres cuando marchan en silencio.

KRIEMHILD

Entonces no me equivoqué.

UTE

Detienen el aliento, pero en cambio se les cae la espada. Van de puntillas y derriban la estufa. Hacen callar al perro y le pisan la pata.

KRIEMHILD

Acaso estén de vuelta.

UTE

¿Los cazadores?

KRIEMHILD

Me pareció una vez como si arrastraran algo hasta mi puerta; entonces pensé que sería Siegfried.

UTE

¿Y le hiciste una seña para que supiera que estabas despierta?

KRIEMHILD

No.

UTE

Entonces bien puede haber sido. Sólo que casi sería demasiado pronto.

KRIEMHILD

Así me pareció a mí también. Y por eso no he llamado.

UTE

Según creo saber, no salieron por las necesidades de la cocina; querían proporcionar tranquilidad a nuestros colonos, que amenazan con quemar sus arados porque el jabalí cosecha siempre lo que siembran ellos.

KRIEMHILD

¿Sí?

UTE

Hija, estás ya completamente vestida y no tienes ni una criada contigo.

KRIEMHILD

Quiero conocer a la que sea más madrugadora. También eso me ha distraído.

UTE

Las he ido mirando una tras otra a la luz del cirio. Cada edad duerme a su manera. Quince y diez y seis años, completamente aún como a los cinco o seis. A los diez y siete vienen los sueños y a los diez y ocho las ideas; a los diez y nueve ya los deseos...

ESCENA QUINTA

Un camarero grita detrás de la puerta.

CAMARERO

¡Santo Dios!

UTE

¿Qué es? ¿Qué hay?

CAMARERO

(Entra.) A poco más me caigo.

UTE

¿Y por eso das tales gritos?

CAMARERO

¡Un muerto!

UTE

¿Qué? ¿Cómo?

CAMARERO

Hay un muerto delante de la puerta.

UTE

¿Un muerto?

KRIEMHILD

(Se cae al suelo.) ¡Entonces es mi esposo!

UTE

(*Sosteniéndola.*) ¡Imposible! (*Al CAMARERO.*)
Alumbra. (*El CAMARERO lo hace y después hace
una señal afirmativa con la cabeza.*)

UTE

¡Siegfried?... ¡Muerte y maldición! ¡Arriba,
arriba quien duerma!

CAMARERO

¡Socorro! (*Las criadas entran precipitadamente.*)

UTE

¡Desgraciada mujer!

KRIEMHILD

(*Levantándose.*) Brunhild lo aconsejó y Hagen
lo hizo... ¡Una luz!

UTE

¡Hija mía! Está...

KRIEMHILD

(*Cogiendo un cirio.*) ¡Está muerto! ¡Ya lo sé!
¡Ya lo sé! Pero que no lo pisen. Ya oíste que los
camareros tropiezan con él. ¡Los camareros! An-
tes le cedían el paso todos los reyes.

UTE

Pues dámelo.

KRIEMHILD

Yo misma lo pondré. (*Empuja la puerta y cae al suelo.*) ¡Oh, madre, madre, ¿por qué me pariste?... Amada cabeza, te beso y no busco tu boca, porque ahora está en todas partes. No puedes impedirlo, si no quizá lo hicieras porque esos labios... ¡Ah! Duele demasiado.

CAMARERO

Se muere.

UTE

¡Podría desear que así fuera!

ESCENA SEXTA

Entra GUNTHER con DANKWART, RUMOLT, GISELHER y GERENOT.

UTE

(*Yendo hacia GUNTHER.*) ¿Qué ha sucedido, hijo mío?

GUNTHER

Yo mismo querría llorar. Pero ¿cómo lo sabéis ya? Debía seros anunciado por la santa boca del sacerdote. Se lo encargué por la noche.

UTE

(*Señalando el cadáver.*) Ya ves cómo el pobre muerto se anunció a sí mismo.

GUNTHER

(Aparte a DANKWART.) ¡Cómo es esto?

DANKWART

Mi hermano lo trajo aquí.

GUNTHER

¡Uf!

DANKWART

No logramos hacerle desistir, y cuando regresó dijo, reventando de risa: Así le doy las gracias por su saludo de despedida.

ESCENA SEPTIMA

Entra el CAPELLÁN.

GUNTHER

(Adelantándose.) ¡Ya es tarde!

CAPELLÁN

¡Tal hombre asesinado en la selva!

DANKWART

La casualidad ha dirigido la lanza del malhechor, para que acertara con el sitio. De este modo los gigantes pueden morir a manos de niños.

UTE

(*Ocupándose siempre de KRIEMHILD con las criadas.*) ¡Levántate ahora, Kriemhild!

KRIEMHILD

¡Aún otra separación? ¡No! Lo agarraré de modo que tendréis que enterrarme con él o tendréis que dejármelo. Sólo a medias lo abracé mientras estuvo vivo; aprendo a abrazarlo ahora en su cadáver. ¡Oh, si hubiera sido al contrario! ¡Ni una sola vez aun le había besado en los ojos! ¡Todo nuevo! ¡Creíamos que tendríamos tanto tiempo!

UTE

¡Ven, hija mía! No puede quedar así tirado en el polvo.

KRIEMHILD

¡Oh, es verdad! Todo lo que es rico y precioso tiene que ser tratado hoy como si no costara nada. (*Se levanta.*) ¡Tomad las llaves! (*Las arroja.*) ¡Ya no volverá a haber ningún día de fiesta! Traedlo todo, todo, la seda, el lino y los dorados trajes de gala. No olvidéis las flores; las amaba tanto. Arrancadlas todas, todas, hasta los capullos de las que aun han de venir. ¿Para quién florecerían ya? Poned mi traje de novia en su ataúd, encima de todo, y acostadlo suavemente sobre él; después haré yo así (*Extiende los brazos.*) y lo cubriré con mi propio cuerpo.

GUNTHER

(*A los suyos.*) ¡Jurémoslo! ¡A ella ya nadie le hará daño!

KRIEMHILD

(*Se vuelve.*) ¿Aquí los asesinos? ¡Fuera! ¡Para que no vuelva a sangrar otra vez! ¡No, no! ¡Acercaos! (*Coge a DANKWART.*) ¡Para que pueda atestiguar por sí mismo! (*Se frota la mano contra el traje.*) ¡Uf, qué asco! ¡Ya no puedo tocarlo ahora con mi mano derecha! ¡Brotó la pobre sangre? ¡Míralo, madre! ¡Yo no puedo! ¡No? Entonces aun no son más que los encubridores y falta el autor. ¿Está aquí Hagen Tronie? Que se adelante; le absuelvo y le tiendo la mano.

UTE

Hija mía...

KRIEMHILD

No necesitas más que pasar al cuarto de Brunhild. Come, bebe y ríe.

UTE

Fuera malhechores...

KRIEMHILD

Los conozco. (*Coge de la mano a GISELHER y GERENOT.*) Tú no estabas con ellos... Ni tú tampoco.

UTE

Pero escucha.

RUMOLT

Nos habíamos repartido por el bosque; era su propio deseo, y también la costumbre, y lo encontramos moribundo cuando volvimos a reunirnos.

KRIEMHILD

¿Moribundo? ¿Qué dijo entonces? ¡Una palabra! ¡Su última palabra! Quiero creerte si puedes darme una y si no es ninguna maldición. Pero ten cuidado, pues más fácilmente te brotaría una rosa de la boca que no que la inventes si no la has oído. *(Como RUMOLT, queda cortado.)* ¡Mentiste!

CAPELLÁN

Y sin embargo, es posible. Ya alguna vez las urracas tienen dejado caer cuchillos que dieron muerte a quien era inaccesible para manos humanas, y lo que acierte a realizar ese ladrón de los aires, porque ha llegado a serle demasiado pesada su brillante presa, también puede ser hecho por malhechores.

KRIEMHILD

Piadoso padre, tú no lo sabes.

DANKWART

Sagrado es tu dolor, princesa, pero al mismo tiempo ciego e injusto. Te atestiguan los más honrados guerreros... *(Mientras tanto han cerrado la puerta y ya no es visible el cadáver.)*

KRIEMHILD

(*Al notarlo.*) ¡Deteneos! Quién se atreve... (*Se precipita hacia la puerta.*)

UTE

¡Quédate aquí! ¡Quédate! Lo levantarán suavemente como tú deseas...

KRIEMHILD

Traédmelo a mi lado. Si no me lo robarán y será enterrado donde jamás lo encuentre.

CAPELLÁN

¡A la catedral! ¡Yo lo acompañaré, pues ahora pertenece a Dios! (*Vase.*)

ESCENA OCTAVA

KRIEMHILD

¡Bueno! ¡A la catedral! (*A GUNTHER.*) ¿Conque fueron bandidos? Entonces comparece allí con todos tus parientes para la prueba del muerto.

GUNTHER

Se hará así.

KRIEMHILD

Digo que con todos. Pues todos no han estado aquí reunidos. Llama también al que falta. (*Vanse todos, pero por distintas puertas, hombres y mujeres.*)

ESCENA NOVENA

Catedral. Antorchas. El CAPELLÁN y otros sacerdotes están a un lado delante de una puerta de hierro. En el pórtico se reúnen los parientes de HAGEN hasta el número de sesenta. Por último, HAGEN, GUNTHER y los otros. Llaman a la puerta.

CAPELLÁN

¿Quién llama?

RESPUESTA DE FUERA

Un rey de Neerlandia con tantas coronas cuantos son sus dedos.

CAPELLÁN

No lo conozco. (*Llaman de nuevo.*)

CAPELLÁN

¿Quién llama?

RESPUESTA DE FUERA

Un héroe del mundo, con tantos trofeos cuantos son sus dientes.

CAPELLÁN

No lo conozco. (*Llaman de nuevo.*)

CAPELLÁN

¿Quién llama?

RESPUESTA DE FUERA

Tu hermano Siegfried con tantos pecados cuantos son sus cabellos.

CAPELLÁN

Abrid la puerta. *(La abren y es introducido el cadáver de Siegfried en el ataúd. Lo siguen KRIEMHILD y UTE con las criadas.)*

CAPELLÁN

(Al cadáver.) ¡Bien venido, difunto hermano! ¡Buscas aquí la paz! *(A las mujeres, a las que se para del ataúd poniéndose entre él y ellas mientras es depositado en el suelo.)* Bien venidas también vosotras, si buscáis la paz como él la busca. *(Presenta la cruz a KRIEMHILD.)* ¿Te apartas de este signo sagrado?

KRIEMHILD

Busco aquí la verdad y la justicia.

CAPELLÁN

Buscas la venganza, pero la venganza se la ha reservado Dios; sólo él ve en lo escondido; sólo él remunera.

KRIEMHILD

Soy una pobre mujer medio muerta, y no puedo estrangular con mis cabellos a ningún guerrero. ¿Qué venganza me queda?

CAPELLÁN

¿Para qué necesitas entonces descubrir a tu enemigo si no quieres tomar venganza de él? ¿No es bastante que lo conozca su juez?

KRIEMHILD

No quiero maldecir al inocente.

CAPELLÁN

Pues no maldigas a nadie y no lo harás... Pobre criatura humana, creada de polvo y ceniza y desbaratada por el viento más próximo; cierto que llevas sobre ti una grave carga y puedes clamar al cielo, pero mira a Aquel que la llevó aún más pesada. Descendió entre nosotros en figura de siervo y tomó sobre sí las culpas del mundo y sintió expiatoriamente todos los dolores que persiguen a la caída criatura desde el primer día hasta el último; también tu dolor, y más hondamente aún que tú misma. La fuerza del cielo residía en sus labios y todos los ángeles flotaban a su alrededor, pero él era obediente hasta la muerte, era obediente hasta la muerte en la cruz. Hizo por ti este sacrificio en su infinito amor, en su insondable compasión. ¿Quieres negarle ahora el tuyo? Di pronto: enterrad el cadáver, y retírate.

KRIEMHILD

Tú has hecho lo que te correspondía; ahora hago yo lo que me toca. *(Va hacia el ataúd y se pone a*

la cabecera.) Acércate ahora como yo y sírvenme de testigo. (El CAPELLÁN va también hacia el ataúd y se pone a sus pies. Tres toques de trompa.)

HAGEN

(A GUNTHER.) ¿Qué ha sucedido?

GUNTHER

Ha sido muerto un hombre.

HAGEN

¿Y por qué estoy yo aquí?

GUNTHER

Te alcanzan sospechas.

HAGEN

De ellas me libraré mi parentela. Les pregunto: ¿Estáis dispuestos a jurar que no soy traidor y asesino?

TODOS LOS PARIENTES MENOS GISELHER.

Lo estamos.

HAGEN

¿Callas tú, Giselher mío? ¿Estás dispuesto a jurar en favor de tu tío que no es traidor ni asesino?

GISELHER

(Alzando la mano.) Lo estoy.

HAGEN

Os eximo del juramento. *(Entra en la catedral y va hacia KRIEMHILD.)* Ya ves que estoy purificado, si quiero, y ya no tengo necesidad de ponerme junto al ataúd; pero lo hago y quiero ser el primero. *(Sube lentamente hacia el ataúd.)*

UTE

¡Aparta la vista, Kriemhild!

KRIEMHILD

¡Déjame, déjame! ¡Quizás vive todavía! ¡Siegfried mío! ¡Oh! ¡Sólo con que tuviera fuerzas para una palabra, para una mirada!

UTE

¡Desgraciada! Esto es solo la naturaleza que se altera otra vez. ¡Es horroroso!

CAPELLÁN

Es el dedo de Dios que se empapa calladamente en este sagrado manantial porque tiene que escribir el signo de Caín.

HAGEN

(Inclínase sobre el féretro.) ¡Sangre roja! ¡Jamás

lo hubiera creído! Ahora lo veo con mis propios ojos.

KRIEMHILD

¿Y no caes desplomado? (*Se lanza hacia él.*) ¡Vete ahora, demonio! ¡Quién sabe si no le duele cada gota de sangre que le arranca tu proximidad asesina!

HAGEN

¡Míralo bien, Kriemhild! Si aun hierve así en el muerto ¿qué quieres exigir de los vivos?

KRIEMHILD

¡Fuera! Te agarraría con mis manos sólo con que tuviera alguien que como purificación me las separara después del cuerpo con un hacha, pues no sería bastante lavarlas aunque pudiera hacerlo con tu sangre. ¡Fuera, fuera! ¡No estabas así cuando lo mataste, fijamente clavados en él tus ojos de lobo y anunciando tu pensamiento con tu sonrisa diabólica! Te deslizaste sigilosamente hasta detrás de él y evitaste su mirada como las bestias salvajes evitan la del hombre, y buscaste con la vista el sitio que yo... Perro, ¿qué me juraste?

HAGEN

Protegerlo del fuego y del agua.

KRIEMHILD

¿Y no de los enemigos?

HAGEN

Sí. Y lo habría cumplido también.

KRIEMHILD

Para asesinarlo tú mismo ¿no es eso?

HAGEN

¡Para castigarlo!

KRIEMHILD

¡Es inaudito! ¿Cuándo, desde que existen los cielos y la tierra, se castiga con el asesinato?

HAGEN

Como a guerrero lo habría desafiado, y bien se me creerá capaz de ello; pero no era posible separarlo del dragón, y a los dragones se les da caza. ¿Por qué se puso el orgulloso héroe bajo la protección del dragón?

KRIEMHILD

¡Bajo la protección del dragón! Tuvo primero que matarlo y en el dragón venció al mundo entero. Al bosque con todos sus seres monstruosos y a todos los guerreros, a ti entre ellos, que por miedo dejaron con vida al feroz drago. ¡En vano lo muerdes! Fué a la envidia a quien prestó armas crueles tu maldad. Se hablará de él y de su nobleza mientras existan hombres sobre la tierra, y durante todo ese tiempo también de tu ignominia.

HAGEN

¡Háganlo siquiera por esto! (*Le quita al cadáver la Balmung del costado.*) ¡Ahora de fijo que nunca cesarán! (*Se ciñe la espada y se vuelve lentamente hacia los suyos.*)

KRIEMHILD

¡Tras el asesinato, el robo! (*A GUNTHER.*) ¡Pido justicia!

CAPELLÁN

¡Acuérdate del que perdonó en la cruz!

KRIEMHILD

¡Justicia! ¡Justicia! Y si el rey la niega, es que él mismo está manchado con esta sangre.

UTE

¡Detente! Perderás a tu casa entera...

KRIEMHILD

¡Sea así! ¡Bien caro queda aquí pagado! (*Se vuelve hacia el cadáver y cae desplomada junto al féretro.*)

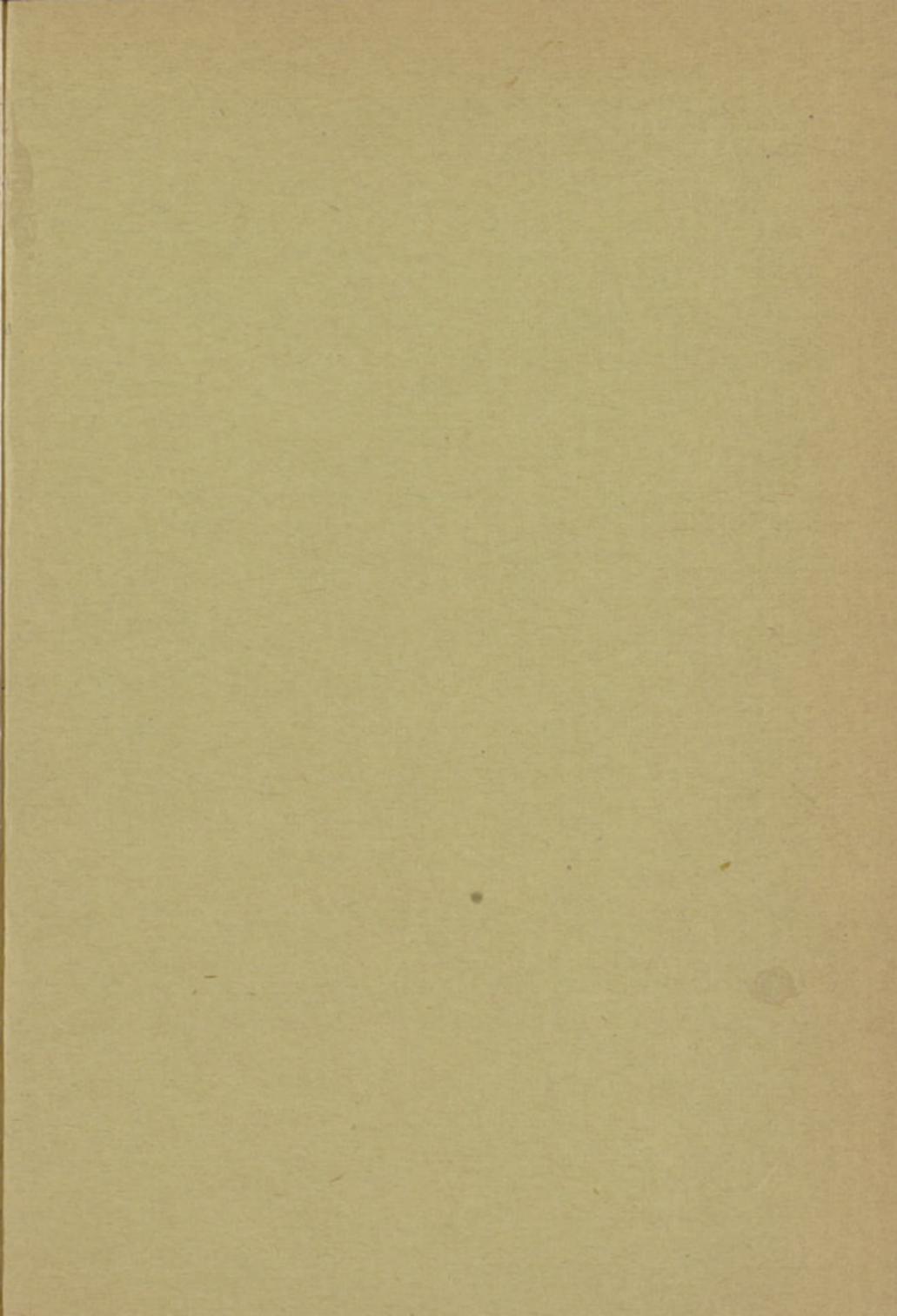
FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas</u>
A mi mujer, Christine Henriette Engehausen	9
PRIMERA PARTE: <i>Siegfried, el de la piel de cuerno</i>	13
SEGUNDA PARTE: <i>La muerte de Siegfried</i>	49
Acto primero.	51
Acto segundo.	67
Acto tercero.	95
Acto cuarto.	125
Acto quinto.	161



1592210



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-
CUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 700 números publicados desde julio de 1919 a
— — octubre de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13